
La TIERRA no puede MORIR
por V. A. CARTER
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



A. V. CARTER

LA TIERRA NO PUEDE MORIR

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Deposito legal V. 2.302.—1961.

Num. de Rgtro. 4.704.—1961.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO I

-Recibido.

Pálido como un muerto, el telegrafista se levantó de su asiento, y saliendo del cubículo que era su lugar de trabajo, cruzó rápidamente hacia el otro extremo de la gran rotonda subterránea con el amarillo papel en la mano. Tan alterado estaba que ni se dio cuenta de que en su camino se interponía un compañero a quien estuvo a punto de derribar.

-¡Caray, Sliorty! -exclamó la víctima del atropello-. ¡Podías mirar por donde andas!

No recibió respuesta y Shorty siguió adelante. El otro se rascó intrigado la cabeza introduciendo los dedos por debajo do la gorra. Eran buenos amigos y siempre que se cruzaban solían cambiar unas palabras.

-¿Que mosca le habrá picarlo? -encogiéndose de hombros, continuó con su tarea.

Shorty no se detuvo en llamar a la puerta del comandante Mulligan, sino que de un violento empujón se abrió paso, interrumpiendo la conferencia que el jefe de la *Base 83* mantenía con su segundo el capitán George Ray.

Ambos oficiales se levantaron indignados.

-¡Cowan! -tronó el comandante-. ¿Qué significa...?

Sin pronunciar palabra, el telegrafista le alargó el papel que llevaba en la mano.

-Léalo, señor -aconsejó Ray-. Este hombre está demudado.

El mensaje era breve y, al terminar de leerlo, Mulligan se dejo caer en la butaca que había abandonado al entrar Shorty. Las manos le temblaban cuando lo entregó a Ray.

-Vea, capitán. ¿Qué hacemos?

Sin embargo no era indecisión lo que indicaba esta pregunta, porque a continuación de formularla clavó los ojos en Shorty Cowan, a la vez que gritaba:

-¿Qué hace usted aquí todavía? ¡Vuelva a su puesto inmediatamente!

El hombre obedeció, más muerto que vivo, y antes de desaparecer por la puerta ya llegaban a sus oídos Ias frenéticas órdenes distribuidas a todos los departamentos de la subterránea fortaleza.

George Ray quedó tan atónito como su inmediato superior. El mensaje era breve, pero terrible, una vez descifrada la sinple clave utilizada:

WASHINGTON ARRASADO BOMBA ATÓMICA TERRIBLE POTENCIA. ACTÚE DISCRECIONALMENTE, SEGUN INSTRUCCIONES PREVIAS. CG3.

-¡Malditos canallas! -susurró Mulligan luego de haber dispuesto la entrada en acción de las formidables armas de represalia de que estaba dotada la Base 83-. !Van a lamentar toda su vida haber hecho eso!

Aún no había transcurrido un minuto de su marcha, cuando Shorty Cowan hizo nuevamente acto de presencia.

-¿Qué trae ahora? -el capitán Ray arrebató el cuadrilátero de papel amarillo de manos del telegrafista-. ¡Fíjese, señor! ¡Moscú ha sido destruido! ¡Y también Londres!

-Nos han llegado las noticias con bastante retraso -comentó Mulligan-.

Las otras bases deben estar "lanzando" desde hace una hora.

Bajo sus pies se oyó el sordo rumor de maquinaria poniéndose en marcha. Mecanismos de enorme potencia estaban sacando uno de los proyectiles del almacén, situándolo en la plataforma subterránea de lanzamiento.

George Ray, que de momento no tenía misión alguna que cumplir, ya que no se trataba de su guardia y el comandante podía dirigir perfectamente la operación, estaba pensativo.

El mismo lo encontraba extraño, ya que debiera estar excitadísimo y casi incapaz de reflexionar coherentemente. El golpe había sido inesperado por completo, precisamente cuando parecía más lejana que nunca la amenaza de una guerra nuclear:

-¡Capitán! -dijo Mulligan, haciendo una pausa ante el micrófono-. ¡Vaya abajo y vea por qué se retrasan tanto en terminar la maniobra!

Ray obedeció, descendiendo por un pequeño ascensor. No ocurría nada. Simplemente que situar un proyectil de veinte toneladas en posición de lanzamiento no era tarea sencilla, ni aún para hombres adiestrados. Por fin pudieron verlo desaparecer dentro del estrecho tubo por donde saldría disparado al exterior, y segundos más tarde la base entera temblaba, amenazando con derrumbarse sobre las cabezas de sus habitantes.

Cuando el estruendo hubo cesado, supieron, sin necesidad de observar los controles, que una nueva bomba de devastadores efectos iba a sumar su esfuerzo al de los centenares que en aquellos momentos se encontraban en los aires o estallando sobre sus objetivos en todo el mundo.

George Ray empezaba a sentir la reacción de la noticia. ¡Guerra atómica! Durante decenas de años la Humanidad había vivido bajo la amenaza de exterminio. Multitud de sabios de todas las nacionalidades y matices políticos o religiosos, habían predicho las apocalípticas consecuencias que ello podría reportar: enfermedades incurables, monstruosas mutaciones capaces de alterar física y moralmente hasta insospechados extremos a todos los habitantes del planeta, desmoronamiento de las bases sobre que descansaba la civilización hasta sumir a los supervivientes en una oscura y nueva Edad de Piedra... y, finalmente, la total aniquilación de toda vida sobre la superficie de la Tierra, convirtiéndola en un desolado yermo radiactivo.

¿Qué ocurriría ahora? ¿Cuál de todas aquellas profecías encajaría con el resultado final de la conflagración que se acababa de iniciar?

George Ray no podía saberlo. La única base sólida en que podía apoyar sus suposiciones eran los periódicos temblores de tierra que se producían al lanzar un nuevo proyectil al espacio desde las entrañas de la Base... y las cada vez más escasas noticias que la radio captaba desde el exterior.

Prácticamente todos los idiomas del mundo estaban en el éter, lanzando

indignadas acusaciones contra el país que hubiera tenido la desgracia de haberse indispuesto más recientemente contra el propio.

Nadie admitía haber sido el que lanzara la primera piedra, aunque sí se esforzaba cada cual en convencer a sus nacionales de que la guerra acabaría en cuestión de horas: Todos los objetivos estaban siendo cubiertos. Bases subterráneas, barcos de superficie y submarinos desde todos los rincones del globo, estaban aniquilando al adversario, mientras que el propio país, siempre agredido y que se limitaba a repeler el ataque, permanecía poco menos que indemne.

Ray estaba cierto de que no era así. Ni los que hablaban habían sufrido tan pocos daños, ni habían sido capaces de infligirlos en la medida que alardeaban.

Pero no era menos cierto que varios mies de bombas nucleares de todos los tipos, tamaños y procedencias imaginables, estaban lanzando al aire, sobre la tierra y en medio de las aguas, su mortífera carga de átomos inestables, y que decenas, posiblemente cientos, de millones de seres humanos, ya habían pagado con su vida la locura colectiva de solamente unos pocos. ¿Quienes eran esos pocos? El patriotismo le impedía acusar sin pruebas a los dirigentes de su país, pero, ¿las tenía, acaso, para culpar a cualesquiera otros? No. Era mejor abstenerse de juzgar... cuando, en definitiva, el conocimiento de los culpables no pondría remedio a estas alturas.

-Van mal las cosas, Ray -le comunicó Mulligan.

-¿Por qué? ¿Acaso no damos en el blanco?

-Con un uno por mil de error, cuando más -aseguró el comandante categóricamente-. Pero ellos lo hacen igual. Nuestras bases están volando a razón de dos o tres por hora.

-Era de suponer, señor -sonrió con amargura Ray-. Los servicios de espionaje de todo el mundo llevan años trabajando en localizar las de todos los posibles enemigos... y las de los amigos si se les ponían a mano. Me maravillaría que hubiera un solo objetivo en cualquier parte, cuya ubicación sea un secreto compartido por menos de dos de esos servicios. Nosotros mismos tenemos asignados como blancos cuatro de ellos, aparte de las ciudades y centros industriales. Me asombraría si antes de...

¡Barrrooonn!

No se trataba de la ya familiar vibración de un *lanzamiento*. La Base entera pareció por un momento haber dado la vuelta sobre sí misma, y todos sus ocupantes se sintieron lanzados de un lado a otro como peleles. Gritos de dolor sonaron por todas partes, y las luces se extinguieron.

Ray tanteó en la oscuridad y, apoyándose en la volcada mesa del comandante, logró ponerse en pie, semiatontado.

-¡Comandante! -gritó- ¿Se ha herido, comandante?

-Creo que sí, ¡maldita sea! -gruñó Mulligan desde algún ignorado rincón-. ¿Qué ha ocurrido?

-Lo que estaba a punto de decirle: Que nos han acertado.

Había logrado extraer del bolsillo un encendedor, y a la débil luz pudo localizar al comandante. Le había caído encima un pesado mueble archivador de metal, que le aprisionaba las piernas.

Dejando el encendedor sobre uno de los costados de la mesa que ahora se encontraba en la parte superior, se esforzó en liberar a Mulligan, consiguiéndolo luego de un tremendo esfuerzo.

-Creo que tengo rota la pierna -gimió el hombre al tratar de levantarse. Efectivamente era así, según pudo comprobar Ray.

-Aguarde un momento, señor. Voy en busca de alguien que pueda entablillarle ese hueso y, de paso, traeré una linterna.

Salió a la confusión de la rotonda exterior. Pequeños puntos de luz iban de un lado a otro. Los hombres trataban de ayudarse mutuamente, aunque la desorganización era general.

-¡En el almacén hay linternas! -gritó el capitán-. ¡Venid unos cuantos conmigo!

Varios hombres le siguieron por la estrecha escalerilla, y poco después, ya provistos de las lámparas, regresaban. Dos sanitarios acudieron para atender a los heridos.

Ray siguió bajando.

Todos los motores, aún los que no tomaban la energía de la red principal de la base, estaban detenidos.

-¿Qué ocurre, Rainer? -preguntó a1 teniente que vigilaba la tarea a que estaban entregados varios de los hombres.

-Nada, capitán -sonrió tensamente Rainer-. Estamos en huelga forzosa.

-¿Qué quiere decir?

-Que nos han atizado encima de la cabeza. La Base está inuti1izada por completo. La boca de salida ha quedado totalmente obstruida.

-Comprendo... ¿No hay forma de hacer algo?

-En el sentido que usted quiere indicar, no, señor. Se necesitaría una tropa de *bulldozers* para sacar las toneladas de escombros que tenemos encima. En vista de que no es posible seguir tirando, he pensado en conectar los grupos electrógenos de aquí abajo a la red general. Al menos tendremos luz.

-Buena idea -reconoció Ray-. Pero no la ponga en práctica hasta que yo le diga. No obstante, sigan haciendo conexiones.

-Como diga, capitán. ¿Puedo... puedo preguntar por qué no debemos poner en marcha los motores?

-Puede... Se trata de que, si están obstruidos los ventiladores y salidas de emergencia, nos vamos a encontrar en una ratonera. Y para un caso así

nos convendría racionar el aire respirable. La primera medida a tomar será detener los motores de combustión para evitar el envenenamiento del aire.

-¡No es posible que haya ocurrido una cosa así, capitán! -exclamó Rainer incrédulamente-. Las salidas están muy apartadas de aquí.

-Esa es mi opinión. Pero liemos de asegurarnos.

Regresó arriba. La gente había empezado a tranquilizarse y andaban de acá para allá, reuniéndose en grupos o inspeccionando los daños sufridos por los delicados aparatos que tenían bajo su control.

El comandante Mulligan, bastante pálido, descansaba la pierna lesionada sobre una silla.

-¿Cómo va por abajo, Ray? -preguntó.

-Mal, señor -le explicó la extensión de los daños sufridos y la idea del teniente Rainer.

-Envíe un par de hombres a inspeccionar las salidas, capitán. Necesitamos poner en marcha los ventiladores cuanto antes, so pena de morir de sofocación.

-Bien, señor -salió a la rotonda-. ¡Balch, Surrey!

Dos soldados se aproximaron corriendo.

-Revisad los túneles de emergencia. En cuanto halléis uno solo en buenas condiciones de uso, regresad aquí... -ya se marchaban los hombres a cumplimentar las órdenes, cuando Ray pensó en otra cosa-. ¡Llevaos los contadores! !Si encontráis indicios de radiactividad peligrosa, retroceded inmediatamente!

-Sí, señor.

No quedaba nada más que hacer de momento. Ray descendió hasta la Santabárbara a ver cómo progresaba Rainer.

Los últimos escalones los bajó rodando. Nuevamente la Base entera pareció desgajarse de sus cimientos. Sobre su cabeza pudo escuchar un formidable estruendo, que se prolongó durante cerca de un minuto.

Otra vez se encontraba totalmente a oscuras. La lámpara se le había desprendido de las manos y posiblemente se hubiera roto, pues creía recordar haber oído el chasquido de cristales. Al menos estaba seguro de que se había apagado, y no disponía de medios para encontrarla, de momento.

Recurrió al encendedor. Los hombres gemían por todas partes, y algunas sombras trataban de incorporarse desde donde habían caído. La linterna no estaba a la vista.

-¡Teniente Rainer! ¿Me oye?

-Sí, capitán -le llegó la voz del teniente-. ¿Se encuentra bien, señor?

-Si no me he partido el cráneo al caer... que creo que no... ¿No hay forma de encender alguna luz? Apenas veo con este trasto.

Un soldado logró localizar una linterna. Habían varios heridos y,

mientras empezaban a brotar puntos de luz por todas partes, Ray se dirigió a donde el teniente acababa de ponerse en pie, rascándose la dolorida cabeza.

-Envíe un hombre arriba, Rainer. Creo que nos hemos quedado aquí solos.

-¿Se ha hundido la escalera?

-No estoy seguro, pero creo que sí. ¡Ponga en marcha esos malditos motores! Lo mismo da morir una hora antes que después.

Al menos podían ver. El soldado enviado por Rainer regresó con la triste noticia que confirmaba la suposición del capitán: estaban aislados del resto de la Base. El hueco del ascensor, que tal vez hubiera podido servirles, estaba también obstruido por los escombros.

-El fin de la Base 83 -comentó Ray-. Pruebe a comunicar telefónicamente con los de arriba.

Inútil. O la línea estaba cortada o arriba no quedaba nadie vivo que pudiera contestar.

-¡Eh! -gritó un soldado desde un rincón-. ¡Esto está que arde, muchachos! ¡El contador se ha vuelto loco!

Efectivamente, en el estupefacto silencio que siguió a estas palabras llegó a todos los oídos el irritado zumbido del contador Geiger-Muller que llamara la atención del soldado.

-¡Pónganse los trajes, rápidamente! -gritó Ray-. ¡Luego trataremos de buscar el origen de la radiactividad!

No eran una protección cien por cien efectiva, pero durante un corto periodo de tiempo lograban contener los terribles efectos del insidioso enemigo invisible.

Enfundados en los grotescos trajes de plástico, los dos oficiales mantuvieron una breve conferencia.

-A todos los efectos podemos considerarnos, de momento, los únicos supervivientes. Aquí no nos queda nada que hacer sino dejarnos morir. Hay que buscar una salida.

-Pero, ¿de dónde procede 1a intensa radiactividad que estamos sufriendo? -preguntó el teniente.

-No creo que importe mucho. Lo cierto es que está aquí. Y mi opinión particular es que procede del exterior. La montaña en cuyo interior nos encontramos debe estar agrietada a cansa de las sacudidas.

-¿Y qué salida podremos encontrar, como no sea una de esas grietas, capitán? Si halláramos una, tal vez nos costara días de salir a la superficie.

-Tenemos una buena parte del canino abierta ya: el túnel de lanzamiento. Pongámonos a la tarea.

Era cualquier cosa menos fácil. Los engorrosos trajes protectores les obstruían los movimientos, a más de que la falta de ventilación interior les

empapaba de sudor ante cualquier ligero ejercicio.

Los catorce hombres se aplicaron con denuedo a la difícil tarea de trepar por e1 tubo. Afortunadamente para ellos existían unos pequeños huecos espaciados formando escalera, que daban acceso a los gases de combustión. Por estos últimos no cabía ni pensar en escurrirse porque eran demasiado estrechos. Pero al menos pudieron alcanzar la parte donde dos o tres enormes peñascos habían formado cuña entre sí al desprenderse, cortando el paso.

-Aquí parece que hay un hueco. Puede que no conduzca a ningún lado, o puede que sí -dijo Ray, que iba delante.

Como topos se introdujeron por el lugar indicado. Las rocas eran verdaderamente gigantescas y quedaban vacíos entre ellas. Continuamente se veían obligados a volver atrás en busca de paso. Pero, aunque lentamente, iban progresando.

Las horas transcurrían lentamente. Era imposible saber si estaban cerca de la superficie o se iban adentrando más en el corazón de la montaña. Su único anhelo era ascender... ascender siempre. Pero estaban totalmente desorientados.

Y de pronto el suelo tembló bajo sus pies. Esta vez no se trataba de una nueva bomba. La larga fila de hombres que se arrastraban se quedó inmóvil tratando de acallar el tumultuoso latir de sus corazones, de no contribuir a la catástrofe: Las mal asentadas rocas habían cedido, cayendo al fondo del pozo, y detrás de ellas se precipitaban todas las demás.

Gritos de infinito terror quedaron acallados por el infernal estrépito de millones de toneladas de peñascos desplomándose sobre ellos, destrozándoles con la insensibilidad propia de la materia inerte.

Poco a poco volvió el silencio. EI polvo se fue asentando, arrastrado por una corriente de agua desviada por el cataclismo, y que ahora caía para rellenar los huecos dejados por los escombros. Una linterna que, casi por milagro, había permanecido encendida, proyectaba su mortecina luz sobre los ensangrentados jirones de un traje de plástico aprisionado entre los restos del derrumbe.

CAPÍTULO II

-Aquí parece terminar, señor Adams.

Norman Adams asintió con la cabeza. Efectivamente, la caverna que estaban explorando presentaba todas las apariencias de interrumpirse definitivamente en el lugar donde ahora se encontraban los cuatro jóvenes espeleólogos.

-Eso creo, Matt... Y vuelvo a repetirte que, sí no quieres tutearme, me llames al menos por mi nombre de pila. Me haces sentirme más viejo de lo que soy, y únicamente te llevo cuatro años.

-Ya lo sé, señ... Norman. Pero es que se me hace muy cuesta arriba. Usted lleva mucho tiempo metido en el periodismo y es famoso. A mí me falta prácticamente todo el camino por recorrer.

-Susan está en el mismo caso, y no te recatas de tratarla con más confianza -sonrió Adams.

-Bueno... -el joven Matt Perry enrojeció hasta la raíz del cabello-. Ya sabe...

-¡Pero, vamos a ver! -intervino otra voz desde un apartado rincón-. ¿Es que no tenéis cosas más serias que tratar, muchachos? Yo creo que debíamos pensar eh volver. Aquí está todo visto ya.

-Tienes razón, Jane -admitió Norman Adams, el que oficiaba de jefe de la expedición de periodistas. No se trataba de ninguna tarea profesional, sino simple deseo de distraer el día libre lo que les había traído allí. No obstante siempre encontraban en estas exploraciones materia para algún articulillo, especialmente Adams y Jane Dunlop, veteranos ya en el oficio y capaces de convertir en noticia sensacional el más nimio acontecimiento.

-Pues si tengo razón... ¡vámonos por donde hemos venido!

Y, dando el ejemplo, Jane se puso a trepar ágilmente por la cuerda de nudos que les había ayudado a descender por aquella especie de chimenea inclinada, a cuyo fin creyeron hallar algo de interés.

Lo único que habían descubierto al llegar abajo era... que allí terminaba la galería.

Matt Perry, Susan Keller y, por último, Norman Adams, siguieron a la muchacha. Una vez arriba, celebraron otra especie de conciliábulo.

-Es un poco pronto aún. Yo creo -insinuó Adams- que podríamos... ¡Cuidado!

Habiendo sido el último en subir, el periodista mantenía urna mano asida aún a la cuerda. Con la otra rodeó la cintura de Jane Dunlop cuando, perdido el equilibrio a causa del súbito movimiento del suelo, se precipitaba ya al fondo del abismo que tenían a sus pies.

Todos cayeron a1 suelo, mal de su agrado, palideciendo intensamente. Algunas piedras, no demasiado bien sujetas al techo, se desplomaron a su

alrededor.

-¿Qué ha sido eso? -inquirió Susan, fuertemente abrazada a Matt en demanda de protección. El muchacho, tímido por naturaleza, se desprendió de ella mientras trataba de levantarse.

-Supongo que un temblor de tierra.

-Debe haber sido muy intenso -comentó Jane Dunlop.

-¿Por qué lo dices? Yo más bien creo que no. Apenas ha durado un par de segundos -dijo Norman.

-Pues yo insisto en que ha sido más largo. ¡Si todavía estoy temblando!

La carcajada colectiva que acogió la salida de Jane, alivió algo la tensión del grupo. No es nada agradable encontrarse metido en una caverna, con millones de toneladas de mundo amenazando desplomarse sobre uno, y encontrarse de repente con que el teórico peligro ha pasado a ser un acontecimiento actual.

-¿Qué hacemos, por fin? ¿Seguimos buscando por otro lado o emprendemos el regreso?

-La cosa no ofrece dudas, Norman -habló Susan por todos-. ¡A largarnos por el camino más corto! Por mi parte no siento el menor deseo de quedar enterrada aquí.

-¿Por qué? -preguntó Matt, echando a andar a su lado-. Aquí no se está mal del todo.

Habían recuperado el buen humor.

-Desde luego que no. Pero el día que me entierren prefiero que sea con el acompañamiento de todos los amigos, flores, y todo eso.

El regreso se les hacía más largo que la entrada. Tal vez fuera porque instintivamente sentían más prisa que antes, a causa de que ahora se daban perfecta cuenta de lo peligroso que podía ser un nuevo terremoto, gravitando sobre ellos las incontables toneladas de roca de la montaña.

O quizá fuera, sencillamente, porque siempre se baja más de prisa que se sube. Y la cueva se introducía en las entrañas de la tierra, formando una pendiente muy pronunciada.

-Podíamos descansar un poco -sugirió Jane Dunlop al cabo de una hora de incesante subir-. Si la entrada está donde la dejamos, no creo que se vaya a marchar ahora.

No hubo discusiones, pues todos estaban algo fatigados. Dejando las mochilas con provisiones para cuatro o cinco días que llevaban en previsión de posibles retrasos, se reclinaron sobre ellas. Cuerdas, bastones y demás equipo quedaron también en el suelo.

Matt hizo pasar una pequeña cantimplora de mano en mano.

-Whisky del bueno -anunció-. Las señoras están dispensadas.

Pero ellas declinaron el honor, acudiendo en su lugar al termo de café que iba en la mochila de Jane.

Llevaban casi media hora de alegre charla, casi olvidadas las anteriores prisas, cuando un nuevo estremecimiento de las paredes y suelo de la cueva, les recordó que allí tal vez no estuvieran demasiado seguros.

A toda prisa reanudaron la marcha. Saliendo por una estrecha galería que no les permitía sino marchar en fila india y levemente inclinados para no tropezar con el bajo techo, desembocaron en una amplia sala por cuyo centro atravesaba una impetuosa corriente de agua, fría como el hielo. El riachuelo no era muy caudaloso y pudieron vadearlo sin demasiadas dificultades. Un breve alto para volverse a calzar las fuertes botas que se habían quitado para no mojarlas, y otra vez adelante.

Quinientos metros más allá, cuando ya esperaban divisar de un momento a otro los rasgos familiares de pasadizos explorados en anteriores visitas, se encontraron con que el camino estaba obstruido por un desprendimiento de rocas.

Anonadados, se detuvieron ante el casi inesperado obstáculo.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Susan Keller con una leve nota de pánico en 1a voz.

-De momento, nada -repuso Adams, bastante tranquilo-. No hay que apurarse demasiado, pues no sabemos las dimensiones del derrumbe. Tal vez se trate solamente de algunas piedras sueltas y podamos abrirnos paso. Es posible que un metro o dos más allá continúe el pasadizo como a nuestra llegada...

-... O puede que no -dijo Jane Dunlop. Perry admiró la sangre fría de que daba muestras la muchacha-. De todas formas no creo que ganemos nada desesperándonos. Si no podemos salir por aquí, tal vez haya alguna otra salida. Recordad que la última vez que vinimos encontramos una nueva boca a bastante distancia de la que habíamos utilizado para entrar. Tenemos comida para cinco días, y racionándola puede prolongarse hasta el doble sin que pasemos demasiada hambre. Agua no nos faltará con el arroyo ese de ahí detrás.

-Y en último extremo -Norman ayudó a tranquilizar a los dos más pusilánimes-, los compañeros saben dónde estamos. Si ven que tardamos demasiado, enviarán una expedición de socorro. Los temblores de tierra habrán sido registrados en algún observatorio cercano.

Se hizo un corto silencio. Matt sacó del bolsillo un paquete do tabaco y se puso un cigarrillo en la boca, sin acordarse de ofrecer a sus compañeros. Con manos que temblaban ligeramente, lo encendió.

-Supongo que aquí parados no solucionaremos el problema -volvió a hablar Jane-. ¡Vamos a hacer algo!

Y, uniendo la acción a la palabra, empezó a despojarse de todo cuanto pudiera estorbarle. Sus compañeros la imitaron, dejando el equipo amontonado a alguna distancia para poder trabajar más libremente.

Aquellos peñascos, en apariencia pequeños, eran más difíciles de mover de lo que creyeran en principio. Las manos de los jóvenes, poco acostumbradas a tareas rudas, se despellejaban sin apenas conseguir moverlos.

Y, además, estaba el siempre latente peligro de que, al apartar alguna roca, se causara un desprendimiento de las demás, que podrían sepultarles. Había que trabajar con sumas precauciones.

Dos horas más tarde, sudorosos y agotados, se vieron obligados a desistir.

-Podríamos hacerlo, quizá -dijo Norman algo desalentado-. Pero creo que debemos dosificar el esfuerzo. Con prisas no llegaremos a ningún lado.

Los otros reconocieron que tenía razón.

-Yo opino que lo dejemos para mañana -Matt Perry dio una ojeada a su reloj-. Podríamos regresar junto al arroyo. Allí tenemos agua y espacio para descansar cómodamente.

Valiéndose de una sola de las lámparas a fin de economizar las pilas, siguieron la indicación de Perry.

Una nueva sorpresa les aguardaba.

-¿Qué ha pasado aquí? -exclamó sobresaltado Norman-. ¡Esto está seco!

Efectivamente, ni una gota de agua circulaba por el estrecho cauce. A no ser porque lo habían visto hacía pocas horas y porque aún se veía algún pequeño embalse en una depresión de la peña, hubieran podido creer que allí jamás hubo una corriente.

-Esta es otra calamidad, y no floja. De todos modos aún podremos recoger agua para hoy -Norman se había arrogado una autoridad que los demás no le discutían, convencidos de que era el más capaz de todos-. ¡Matt! Coge las cantimploras y llénalas todo lo posible.

El joven, ayudado por Susan Keller, obedeció sin pronunciar palabra. La pareja mantenía una ligera apariencia de ánimo solamente por el optimismo que parecían irradiar los otros dos. En realidad se hubieran echado a llorar muy gustosamente de haber tenido la más mínima ocasión de hacerlo sin que Norman y Jane se lo recriminaran.

Valiéndose de un vasito de plástico empezaron a trasvasar el líquido de los charcos, en tanto que sus compañeros hacían inventario de las existencias en provisiones y elementos que les pudieran ser útiles.

El resultado, para unos y otros, no pudo ser más desalentador.

Disponían de alimentos para el tiempo que calculara Norman: unos ocho o diez días, racionándolos. Pero allí dentro hacía frío de verdad, un frío que resultaba soportable durante la marcha o haciendo ejercicios más o menos violentos. Sin embargo no podían estar moviéndose continuamente; tendrían que descansar y entonces resultaría incómodo, e incluso peligroso

si a alguno de ellos le daba por pescar algún enfriamiento grave.

-¡Ni una mala manta! -rezongó Norman por lo bajo-. ¡Si al menos dispusiéramos de un hornillo para calentar la comida! Poco a poco perderemos el calor de nuestros cuerpos y dentro de un par de días estaremos ateridos. Habremos de comer más de lo calculado para compensar.

-No se lo digas a los chicos, Norman -susurró Jane en voz casi inaudible, porque las palabras resonaban fuertemente en las paredes pétreas de la caverna-. Déjalos que conserven el ánimo en lo posible.

Matt y Susan regresaban ya. Traían los rostros largos.

-Apenas había agua, Norman -anunció el primero-. La roca está tan desgastada por la corriente que es casi totalmente lisa. Apenas hemos podido recoger cantimplora y media.

-¡Espléndido! -dijo Norman resignadamente-. ¡Así nos daremos más prisa en salir, si no queremos quedarnos disecados!

Se distribuyeron por el suelo, acomodándose lo mejor que les fue posible. Las muchachas juntas, tratando de darse mutuamente calor.

Gracias a que estaban agotados de cansancio pudieron dormir algo, olvidados de la precaria situación en que se encontraban. Norman Adams apagó cuidadosamente la lámpara que tenía encendida, y aunque trató de mantenerse despierto algún tiempo en busca de una solución al problema que tenían planteado, se dejó rendir finalmente por la fatiga, y poco después su tranquila respiración se unía a la de sus camaradas.

Sin embargo, a no ser por la sensación de descanso que sentía al despertar, hubiera creído que ni siquiera durmió, cuando horas después sus ojos se abrieron a 1a impenetrable oscuridad que les rodeaba. Norman se mantuvo inmóvil unos instantes, aterido de frío. Por fin trató de levantarse.

Eran extraños los pensamientos que se apoderaban de una persona encerrada en medio de una tan absoluta negrura. Queriendo hacer simplemente un poco de ejercicio para reaccionar, Norman se puso en pie sin encender la luz que tenía al alcance de su mano. Instintivamente se encogió cuando trataba de erguir toda su estatura, alzando los brazos para protegerse del choque con la cornisa de piedra que por un segundo imaginó tener encima de sí.

Fue preciso un esfuerzo de voluntad para convencerse de que el techo no estaba a menos de diez metros más arriba.

Realizó unos pocos movimientos gimnásticos y, algo aliviado del envaramiento, empuñó la lámpara. Sus compañeros seguían dormidos, según pudo observar. Por su reloj habían transcurrido diez horas desde que se echaran a descansar.

Procurando hacer el mínimo ruido posible para no molestarles, Norman dio la vuelta a la gran cámara que habían adoptado por campamento. Las

únicas aberturas que daban a ella eran los dos pasadizos que ya le eran conocidos, y la entrada y salida del ahora seco arroyo.

¿Por qué no explorar estas dos últimas posibles fuentes de escapatoria?

Estuvo unos instantes pensativo. ¿Cuál de 1os dos túneles convendría elegir? El de salida parecía más apropiado, pues a algún sitio tendría que ir a parar el agua. Y siempre resultaba más fácil que aflorase al aire libre en alguna parte, y que su procedencia fuera simplemente algún gran depósito subterráneo sin salida. Aunque, por otro lado, era posible que transcurriera por entre cavernas con alguna otra abertura al exterior.

Un breve examen le sacó de dudas al respecto. La grieta por donde habían escapado las aguas hasta que se interrumpió su curso, era demasiado estrecha para permitir el paso. Tal vez rompiendo alguna de aquellas estalactitas... Pero recordó a tiempo que no valía la pena. Si su sentido de 1a orientación no 1e engañaba, debían encontrarse ahora muy cerca del valle vecino: las aguas no podían encontrarse sino por debajo del nivel del suelo, de forma que buscar una salida para ellas no les conduciría a ningún lado. Posiblemente si alguna vez dejaba de ser subterránea la corriente, esto ocurriría a tal vez centenares de kilómetros.

Ya se disponía a cruzar al otro lado cuando su luz cayó sobre Matt Perry. Estaba sentado, mirándole.

-¿Qué haces, Norman? -preguntó, tuteándole sin dificultad alguna, pese a que era la primera vez que lo hacía. La angustiosa situación por que pasaban, había hecho más por aproximarles que varios años de íntimo contacto.

Adams le explicó su idea.

-No la veo mal. En último extremo, si no da resultado siempre nos queda la solución de volver a dejarnos la piel ahí fuera.

Sus voces despertaron a las muchachas, y poco después se ponían a preparar la exploración.

-Por este agujero apenas cabe uno de nosotros, y bien pegadito al suelo -comentó Jane Dunlop.

-Yo entraré primero, llevando una cuerda atada a 1a cintura -dijo Norman-. Cuando alcance un lugar donde sea posible mantenerse derecho, os avisaré con dos tirones espaciados. Si doy tres, es que no me es posible seguir adelante; recoged entonces el cable.

El túnel era tan angosto que en algunos lugares tenía que forzarse para poder pasar. Sin embargo seguía adelante, pensando que él era el más corpulento del grupo y los demás no tendrían tantas dificultades. Algunas veces rompía a sudar al pasársele por la mente la idea de lo que podría ocurrir si de repente volvía a fluir el agua por el estreche tubo: imposibilitado de volverse, moriría ahogado en cuestión de segundos.

Además, los centenares de metros de espesa roca que le rodeaban, en

contacto con su cuerpo. Un infinitesimal reajuste y quedaría triturado, convertido en una masa irreconocible... Sabía que esto era muy difícil que ocurriera, pero no dejaba de estremecerse al pensarlo. Algo así debía ser la claustrofobia[1] desarrollada por algunos mineros que quedaron encerrados en alguna galería. El mismo pensaba que jamás se le volvería a pasar por la imaginación el realizar nuevas exploraciones subterráneas.

Adelante... adelante... Varias veces tuvo que detenerse a descansar. En una de ellas, cuando ya no tenía ni idea de la distancia recorrida, pudo hacerlo en un sitio donde el techo ligeramente más alto le permitía sentarse.

Para su sorpresa, oyó las voces de sus compañeros, algo apagadas, pero perfectamente inteligibles.

-¡Eh, muchachos! -exclamó-. ¿Cuánto llevo recorrido?

-Trescientos metros -le llegó la respuesta al cabo de unos segundos-. ¿Puedes oírnos? Hablábamos en voz baja.

-Ahora puedo. Este tubo conduce el sonido perfectamente al parecer. Antes se interponía mi cuerpo, amortiguando las ondas sonoras.

-¿Encuentras algo que nos pueda dar esperanzas?

-Aún no. Esto sigue igual de estrecho que a la entrada. Apenas puedo moverme y si las paredes se juntan un poco más tendré que regresar. ¿Queda mucha cuerda aún?

-Poca. Apenas cincuenta metros. Tenemos un ovillo de bramante aquí. Cuando se termine la cuerda me la ataré yo a la cintura y te seguiré hasta donde alcance el cordel.

A Norman no le pareció demasiado descabellada la idea. Matt podía seguirle con cierta seguridad por el camino ya conocido, y en cambio a él podía serle necesaria una ayuda en caso de que se viera en apuros por cualquier causa: Desde luego que perder el contacto por medio de la cuerda, fuerte y resistente, hubiera sido una locura.

Afortunadamente no fue necesario. Una docena de metros más allá terminaba Ia inclinada galería, por cuya fuerte pendiente debía haber discurrido el agua a gran velocidad. En su lugar continuaba una chimenea bastante amplia y casi vertical, sumamente resbaladiza por la humedad, pero cuyas rugosidades permitirían el escalo... con precauciones.

Diez horas le había costado a Norman recorrer esta distancia. Estaba mortalmente cansado, pero pese a todo no tenía deseo alguno de reposar. Una caída vertical como aquella, o semejante, habíase iniciado en la caverna en que estaban sus amigos. Tal vez aquí ocurriera lo mismo, y sentía deseos de comprobarlo.

-¡Eh. Matt! -llamó.

-¿Ocurre algo? -se sobresaltó Perry. No esperaba oírle aún.

-Nada de malo... por ahora. He llegado al final -le explicó lo que había hallado-. La luz no alcanza arriba, de modo que subiré un poco y, si veo

que hay posibilidades de seguir, os avisaré para que os reunáis conmigo.

-No hagas nada, Norman -intervino Jane Dunlop-. Eso debe estar muy peligroso y podrías caerte. Espera que lleguemos ahí nosotros, antes de continuar. Entre todos será más sencillo.

-¿Y si no podemos seguir adelante?

-Regresaremos juntos.

Tuvo que rendirse. Las palabras de la muchacha no carecían de lógica.

No fue sencillo, ni mucho menos, el viaje. Primero ataron el equipo en paquetes largos y estrechos para que pudieran deslizarse con mayor facilidad. Detrás, las dos muchachas, la primera de las cuales desatascaría los bultos si llegaban a tropezar con alguna irregularidad del suelo, y finalmente cerraba la marcha Matt Perry.

Norman fue tirando de la cuerda hasta lograr que el equipo se adelantara en más de cien metros a sus amigos antes de tropezar con algún obstáculo.

Calculó que podía muy bien aprovechar el tiempo. Tenía en su poder bastante cuerda y no estaría mal que cuando sus compañeros llegaran encontrasen ya libre el camino hacia arriba.

Fue más sencillo de lo que pensara. Aunque más amplia que el pasadizo donde ahora se encontraban Matt y las muchachas, la chimenea vertical le permitía apoyar los pies en un costado y la espalda en otro. El progreso era relativamente rápido.

Una hora de agotador ejercicio le dejó a veinte metros de altura. Luego, la cavidad progresaba ya más inclinada, lo que le permitió arrastrarse otros cincuenta metros más antes de alcanzar una caverna muy semejante a la que le sirviera para iniciar el viaje... aunque el apocalíptico amontonamiento de peñascos de todos los tamaños decía bien a las claras que el terremoto debía haber sido allí mucho más violento. La cueva debía estar profundamente cambiada con respecto a su apariencia anterior.

Apenas quedaba pasadizo reconocible. Norman se dijo que si allí había alguna salida, su hallazgo era punto menos que imposible. Pero con sus amigos ya casi a mitad de camino, apenas cabía otra solución que seguir adelante. En un par de días podrían convencerse de las posibilidades, y luego regresar si no quedaba otro remedio. Atrás tenían otra incógnita.

Se dijo que lo más fácil sería que sus huesos se pudrieran en algún rincón de aquel laberinto. No tenía esperanzas de volver a la luz del sol. Pero con abandonarse a la suerte, nada se solucionaba. Había que luchar hasta el final.

Ató el extremo de la cuerda a un grueso peñasco y ya se disponía a regresar cuando sus oídos percibieron un ligero rumor. Al mismo tiempo sus botas chapotearon...

Bajó la mirada. Y con la linterna dirigida al suelo, se quedó inmóvil

como una estatua.

¡El agua, abierto nuevamente paso en la obstrucción que la detuviera, volvía a circular! ¡Y sus amigos no tenían posibilidad alguna de salvación!

CAPÍTULO III

Con frenética prisa, Norman se descolgó por la cuerda, bajando al fondo de la sima en un tiempo récord. La corriente aún no era muy caudalosa según pudo observar, ya que apenas se trataba de un hilillo de agua. Pero con toda seguridad era cuestión de tiempo el que acabase por casi llenar el estrecho pasadizo.

Inclinándose por la abertura, llamó. Había recordado algo que le ponía los pelos de punta.

-¡Jane! -la muchacha iba delante y era la que con mayor facilidad podría oírle-. ¿Me oyes?

-¡Sí! -llegó la respuesta-. ¡Te hemos estado llamando! ¿Dónde te habías metido?

-Estuve arriba, buscando una salida. ¿Has alcanzado ya los paquetes?

-¡Claro que los he alcanzado! -repuso ella, irritada-. ¡Y estoy pasándolas negras tratando de empujarlos por delante de mí! ¡Tira ya de la cuerda! Apenas puedo avanzar, y éstos de detrás me vienen protestando porque les retengo.

Norman hizo lo que le decía la muchacha.

-¡Atad un cordel a la cuerda, para poder recuperarla después! -gritó-. Así podré ayudaros a salir una vez haya sacado los paquetes.

Ella obedeció.

-¿Habéis pasado ese pequeño embalse que hay casi lleno de agua?

-Hace unos momentos.

El reportero suspiró aliviado. Se trataba de un pequeño sifón, para atravesar el cual se hubiera visto con dificultades si había agua circulando, ya que quedaba totalmente lleno y tendrían que bucear. A partir de allí el conducto se hacía más pendiente y aún con agua les sería posible respirar, si bien con dificultades.

En diez minutos tuvo en su poder los bultos. Para entonces ya le habían llegado las voces de sobresalto de sus compañeros y se había visto obligado a decirles la verdad.

El agua seguía aumentando poco a poco pero con seguridad. Norman estaba sumergido en ella hasta las rodillas y la vista del inmenso caudal que tragaba el agujero donde se encontraban las muchachas y Matt le ponía un nudo en la garganta. A cada instante pensaba ver la cavidad completamente llena.

La cuerda volvió a introducirse, arrastrada por el cordel. Rápidamente, aunque a Norman le pareció transcurrir siglos, Jane fue aproximándose. Con sus propias fuerzas la muchacha jamás hubiera podido salir de allí, luchando con la inclinación del túnel y la ya considerable fuerza del agua. Finalmente ella se le reunió.

No perdieron el tiempo en palabras. Tan pronto hubo desatado a Jane volvió a deslizar la cuerda, que fue rápidamente arrastrada por la corriente. Ciento cuarenta metros ¡casi la mitad! y Susan se mostró dispuesta a dejarse arrastrar. Sudando, gruñendo y desollándose las manos, Norman invirtió aún más de una hora en sacarla medio ahogada.

Luego Matt. Este fue el más dificultoso pese a la ayuda que prestaban 1as dos muchachas. Los últimos metros del recorrido los realizó totalmente cubierto por el agua, que ahora se desplomaba desde lo alto en mayor cantidad de la que podía admitir la estrecha conducción. Cuando, finalmente, lograron extraerle, el muchacho había perdido el sentido. El propio Norman tuvo que bucear, atándose a la cuerda que colgaba de lo alto, pues el nivel de las aguas retenidas en el fondo, porque no cabían en el desagüe, había subido hasta más arriba de la cintura. De no haber tomado la precaución de atarse, alguno de los tres se hubiera visto absorbido por la impetuosidad de la succión.

-Hay que practicarle la respiración artificial, inmediatamente -dijo Norman cuando, luego de ímprobos esfuerzos, pudo alzarse con el inerte cuerpo del muchacho-. Aquí no puede ser, de modo que tendré que subirle a la cavidad de arriba. Vosotras esperadme aquí, bien atadas y cuidando de que el agua no se lleve los bultos. Si veis que sube demasiado el nivel, haced lo que podáis. No os será demasiado difícil subir un poco.

No muy tranquilo sobre la suerte de las dos chicas, ya que estaba seguro de que el miedo, el frío y el cansancio no les permitirían escapar sin su ayuda, trepó rápidamente, llevando al desvanecido Matt colgando de los hombros.

Esta tarea que, de ir descargado, no le hubiese llevado más allá de diez minutos, le costó media hora de realizar. Y siempre con la preocupación de que Matt estuviera realmente muerto.

Afortunadamente, cuando ya estaba a punto de llegar arriba, le sintió rebullir. Por lo visto, la incómoda postura en que le llevaba, le había hecho arrojar el agua de los pulmones y recuperarse ligeramente.

Le dejó en terreno seco, en la posición que le pareció más apropiada para que le resultara relativamente sencillo respirar, y corrió a ocuparse de las muchachas.

Media hora más de trabajo, y nuevamente se encontraron todos reunidos. Por fortuna les fue posible recuperar las provisiones, y aunque todo estaba empapado en agua, resultaba aprovechable.

-¿Qué hacemos ahora, Norman? -preguntó Jane con voz desfallecida, dejándose caer al suelo.

-Dos cosas, a cual más importante; quitarnos estas ropas tan mojadas, y dormir. Pero antes comeremos un poco.

Así lo hicieron. A oscuras para no herir el pudor de las muchachas, se

desvistieron, dejando las distintas piezas bien extendidas. Luego, como la noche anterior... ¡qué lejana les parecía! se tendieron sobre la dura roca, las muchachas fuertemente abrazadas para calmar algo el intenso frío, y durmieron profundamente.

El tercer día de confinamiento en las entrañas de la Tierra no trajo mejores perspectivas. Ni el cuarto.

-Y ¡estoy completamente convencido de que tenemos el aire libre relativamente cerca! -afirmó Norman con seguridad.

-¿Por qué lo crees así? -preguntó Matt desde la oscuridad.

Habían acordado utilizar las lámparas únicamente cuando estaban realizando pesquisas, para ahorrar las pilas en lo posible.

-Hay una corriente de aire fresco, indudablemente. Fijaos.

Encendió una cerilla. La llamita se inclinó a un lado, oscilando.

-¡Corramos hacia allí! -sugirió Susan. incorporándose.

-Calma, calma -Norman la interrumpió cuando ya echaba a andar-. El paso por allí nos está prohibido, salvo que podamos hacer descender el nivel del agua embalsada. Habrá que retirar antes algunas rocas.

En efecto. El lugar de donde procedía la corriente de aire era el mismo por donde manaba el agua, ahora detenida por el desprendimiento de rocas.

Llevando consigo la linterna, Norman se encaramó a lo alto de la represa que taponaba la salida del agua. Apoyando el hombro contra una de las piedras que no parecía sostener a ninguna otra, la hizo rodar.

No ocurrió nada efectivo, ya que el agua no llegaba hasta allí. Pero...

Cuando se inclinaba a estudiar el procedimiento más adecuado para mover el peñasco siguiente, ya parcialmente sumergido, llegó hasta él un débil lamento.

-¿Qué os ocurre? -preguntó, volviéndose a sus compañeros.

-Nada, ¿por qué? -repuso Jane.

-Me ha parecido oír que alguien se quejaba...

-Sueñas, Norman. Aquí nadie ha dicho una palabra.

-Bien... ¡Lanzadme esa cuerda!

El peñasco elegido estaba en una posición que le impedía moverlo sin peligro de arrojárselo encima. Lo rodeó con la cuerda, bajando a reunirse con los demás.

-¡Tirad fuerte! Quitando éste quedará libre el de abajo y lo podremos desprender con facilidad.

Obedecieron, halando con todas sus fuerzas. La gigantesca piedra se balanceó... pareció por unos instantes que iba a recuperar su primitiva posición y, finalmente rodó, yendo a caer sobre otra. De allí saltó a la de más abajo, yendo a detenerse sobre una puntiaguda arista.

Los repetidos golpes debieron remover el asentamiento de la barrera, y la caída final hizo el resto al oficiar de palanca sobre la base. El muro de

piedra no se derrumbó, pero quedó conmovido lo suficiente para que el agua empezara a manar en fuertes chorros. La presión desalojó una piedra que había quedado mal apoyada, despidiéndola a gran distancia, y por el orificio salió un caño del grueso del cuerpo de un hombre.

-Ahora a esperar -dijo Norman, filosóficamente-. Esto nos ha simplificado el trabajo.

-¡Oye! ¿No será demasiada agua para que la trague el agujero ese por donde vinimos? -temió Matt.

-No te preocupes. Aunque ése fuera el caso tendría que llenarse toda la chimenea, que tiene bastante cabida, y luego, para alcanzarnos el nivel aquí habría de subir mucho. Pero entonces habrá bajado lo bastante para permitirnos salir. La caverna donde está embalsada el agua debe ser bastante espaciosa para que quepa en ella toda la que debiera haber corrido durante un día entero.

Entretuvieron la espera removiendo algunas rocas que obstruían el desagüe y que no ofrecían demasiadas dificultades. En dos o tres horas el nivel del agua había bajado lo suficiente para que Norman se aventurase en el interior del nuevo túnel.

Había tomado la precaución de despojarse de la mayor parte de sus ropas, quedando únicamente con unos ligeros shorts. Tenía frío, pero peor hubiera sido no tener nada que ponerse cuando se reuniera con los otros luego de la corta exploración que pensaba realizar.

Para su profunda sorpresa, lo que había creído una caverna de colosales dimensiones, resultó no serlo tanto. Desde luego que los desprendimientos de rocas habían sido allí cuantiosos, pero posiblemente el agua debió haberse filtrado por entre los intersticios, desviándose hacia otro lugar ignorado, pues aún contando con la que había corrido mientras él esperó, la que quedaba ahora era demasiado poca.

Cinco minutos de caminar con precauciones le llevaron a una súbita inclinación del terreno hacia arriba. Cada vez era más caótico el amontonamiento de rocas, y Norman temía hasta respirar, por miedo a provocar una nueva catástrofe.

Otra vez le llegó el gemido, pero ahora con inconfundible claridad.

Paseó la linterna a su alrededor, buscando el origen de la débil voz. De momento no pudo ver nada.

-¡Oiga! -llamó, temeroso de provocar una avalancha-. ¿Dónde está usted? ¿Ve mi luz?

-¡Aquí! -contestaron casi inaudiblemente. Con seguridad que a la distancia que debía encontrarse aquella persona, no hubiera sido capaz de hacer llegar su voz hasta él a no ser por la resonancia de las paredes de piedra.

-¿Puede ver la luz de mi lámpara? -insistió Norman

-Sí... pue... do -el hablar era fatigoso, como producto de un extremado agotamiento-. Está... deba...jo... de...

Se interrumpió. Seguramente había perdido el sentido.

Norman creyó entender que el hombre se encontraba en un plano superior al suyo. Alzando la luz vio que el techo apenas era alcanzado por el débil rayo de la linterna.

-El clásico problema de la aguja en el pajar -se dijo. Pero animosamente inició la búsqueda, trepando y descendiendo por los gigantescos escalones que formaban las desperdigadas moles de piedra.

Insensiblemente fue alejándose del lugar que ocupara al escuchar la voz, hasta que, finalmente, la luz fue a reflejarse sobre algo sumamente blanco, que brilló cegadoramente un segundo.

El hombre, pues de un hombre se trataba, iba embutido en un traje de plástico, que fue lo que le hizo más fácil de hallar. Debajo de la extraña vestimenta, Norman encontró un uniforme militar, y lo primero con que tropezaron sus ojos fue una hombrera adornada con dos barras paralelas, de plata.

-Un capitán del ejército -se dijo, bastante asombrado-. ¿Qué estará haciendo por aquí?

La condición física del oficial era bastante deficiente. Era seguro que estaba medio muerto de hambre, ya que los rasguños que tenía sobre sí carecían de importancia. A no ser que hubiera alguna lesión interna...

Regresó hasta donde pudieran oírle sus amigos, llamándoles.

Poco después se reunían todos alrededor del oficial.

-Trae ese whisky, Matt -pidió Norman.

El joven aprendiz de reportero le tendió la pequeña cantimplora de bolsillo, y Adams la aplicó a los labios del capitán. El hombre tosió, y las lágrimas le saltaron por los ojos, pero pareció recuperarse ligeramente.

Minutos después, luego de haber ingerido una mínima cantidad de las preciosas raciones de los jóvenes, el capitán volvía a caer en un profundo sopor.

Ni una palabra había escapado de sus labios.

-¿El... aquí? -murmuró Jane, casi en un suspiro.

Norman llegó a oírla, y se volvió rápidamente hacia ella.

-¿Le conoces?

Jame se sobresaltó visiblemente, vacilando en contestar.

-Pues... sí. Le conozco superficialmente. Es el capitán George Ray.

-¿Y qué estaría haciendo aquí?

-Sé lo mismo que tú, Norman. -sonrió ella, forzándose.

Adams se encogió de hombros. Ya sabría la verdad... aunque de bien poco iba a servirles a ninguno de todos cualquiera que fuese ésta. Dentro de una semana habría terminado el mundo para ellos.

-No podemos movemos de aquí hasta que este hombre esté en condiciones de caminar -dijo Adams, dando por olvidado el pequeño incidente-. Nos dedicaremos a recorrer este lugar. Tal vez haya suerte.

* * * *

El capitán Ray abrió los ojos. Le rodeaba una completa oscuridad, según creyó de momento. Pero luego, al volver la cabeza, vio la luz de una linterna aproximándose.

Recordó que varias personas le habían socorrido, dándole de comer cuando ya se consideraba totalmente muerto. El que se acercaba debía ser uno de ellos.

La luz llegó a su lado, dándole en los ojos. Ray los cerró involuntariamente, deslumbrado.

-Hola, George -dijo una voz agradable.

La música de aquella voz despertó en él un dolorido recuerdo. Se incorporó sobre un codo, tratando de identificar a la mujer que le había hablado.

-¿Quién eres? -preguntó.

Ella volvió la linterna hacia su rostro.

-¿Me recuerdas ahora, George Ray?

-¡Jane Dunlop! -anonadado, se dejó caer de nuevo-. ¿Qué haces aquí?

-Lo mismo podría preguntarte yo. Pues supongo que no habrás venido a buscarme...

Ray sonrió.

-No te sabía tan cerca, desde luego. ¿Dónde estamos?

-Por tu pregunta deduzco que estás tan enterado como mis compañeros y yo. No lo sé con exactitud. Estábamos explorando una caverna cuando se produjeron dos temblores de tierra. La salida quedó taponada... y aquí estamos ya cinco días buscando por donde escapar.

-¿Cinco días...? No tenía idea de que hubiera transcurrido tanto tiempo -abrió los ojos al recordar lo ocurrido-. ¡No fueron temblores de tierra, Jane!

-¿No? -preguntó una voz detrás de ellos. Norman, Matt y Susan acababan de llegar-. ¿Qué ha sido, pues?

-Bombas atómicas. La Tierra está prácticamente ardiendo por los cuatro costados.

-¡Bombas...! -Susan se desplomó, anonadada.

-¿Cómo lo sabe usted, capitán? -preguntó Matt.

-Porque yo formaba parte de la dotación de una base secreta de lanzamiento de proyectiles. Las dos bombas que les encerraron a ustedes redujeron a polvo la base. Creo que el único superviviente he sido yo... y aún no estoy seguro de que no fuera un milagro.

-¡Pero eso no puede ser, George! -dudó Jane-. Pocas horas antes nadie sabía nada.

-Pues ocurrió. Al estallar esas dos bombas estaban destruidas ya, por lo menos que yo sepa, Washington, Londres y Moscú. Luego perdimos el contacto con el exterior. La radiactividad debe estar acabando con lo que hayan dejado los centenares, tal vez miles, de bombas nucleares de todos los tipos que han estallado.

-Nosotros no sentimos ninguna molestia... -trató de rebatir débilmente Perry.

-Es pronto aún. Además es posible que aún no haya penetrado la suficiente en este subterráneo para ser perjudicial.

-Entonces... ¿tendremos que quedarnos aquí metidos? -Norman dudaba que esto fuera una solución-. No tenemos provisiones para más de un par de días.

-Indudablemente habrá que salir... si encontramos por dónde. Fuera hay una posibilidad remota de salvación. Aquí dentro es la muerte segura... por hambre.

CAPÍTULO IV

-Ya ha ocurrido, Walhai.

-¡Imposible, Tonsheh! ¡No ha habido aviso alguno!

-Yo lo encuentro extraño también, pero los aparatos no mienten. Fíjate en los gráficos.

Walhai estudió los documentos que le ofrecía su compañero. Luego, dejándolos sobre una mesa se asomó al exterior.

El espectáculo que se ofrecía a su vista podía ser cualquier cosa menos acogedor. Bello hasta lo inverosímil, el blanco paisaje de eternos hielos parecía dotado de luz propia en la secular penumbra de aquel mundo muerto al que jamás alcanzaba el resplandor del sol más que como una lejana estrella mucho más brillante que las demás que llenaban el firmamento.

La monótona albura de los cristales de gases solidificados llenaba la panorámica de horizonte á horizonte, por encima de los agudos picachos no desgastados por la inexistente erosión, cubriendo laderas y valles. Ni un solo punto podía divisarse que no fuera blanco de uno u otro tono.

Y aquel mundo tan bello era totalmente inhabitable. Situado a cerca dé cuarenta veces la distancia del Sol a la Tierra, su temperatura alcanzaba la fantástica cantidad de 380 grados negativos de la escala Fahrenheit, ochenta menos del cero absoluto[2]. La atmósfera, totalmente congelada, formaba una capa de muchos metros, ocultando la superficie rocosa de Plutón. Los únicos fenómenos atmosféricos, sumamente raros, eran algunas tormentas de nieve... nieve cuyos copos no consistían en agua, sino en nitrógeno sólido. Walhai recordaba haber visto un par de estas nevadas, y el espectáculo era hermoso, aunque triste.

-Hemos comprobado todos cuantos detalles se nos han ocurrido, Tonsheh. Sin embargo aún temo haber olvidado algo. ¿Crees que no habrá algún error?

-¿A qué te refieres? ¿Al mensaje? No lo creo. Todos los indicios...

-No hablaba de eso, sino de nuestro trabajo aquí. Yo lo considero perfecto, pero me asaltan a veces ciertas dudas.

-Todo está perfecto -afirmó Tonsheh rotundamente-. Es absolutamente imposible que algo funcione mal.

-Me tranquilizas -el gesto de Walhai era el equivalente a una sonrisa-. En cuanto a los informes... ¡Es terrible lo ocurrido!

La acción de Tonsheh hubiera sido en un terrestre indicio de pesar.

-Sí... más terrible de lo que esperábamos, por la forma en que se inició. Yo ya empezaba a convencerme de que todos nuestros preparativos serían sin objeto... y de repente ese desgraciado accidente imprevisible...

-Sin embargo los aparatos no mienten. ¿Cómo íbamos a pensar que un

experimento, en apariencia inofensivo, llevara a semejante catástrofe? ¡Pero indudablemente se trata de eso! Habían descubierto la transformación de...

-¡Lamentándonos no hacemos correr atrás el tiempo, Tonsheh! Hay que acudir allí y salvar lo que se pueda. ¡Cuanto antes!

-Difícil será. La radiactividad habrá contaminado a todos los seres vivientes del planeta.

-¡Aprisa, aprisa! ¡Cada segundo que transcurra representa la diferencia entre el éxito o el fracaso! ¡Y el viaje es largo!

Una hora más tarde el lejanísimo Plutón quedaba nuevamente solitario como lo estuviera durante los incontables siglos desde la creación del Universo.

* * * *

-Ésta es la última lata de conserva, amigos.

Norman Adams exhibió el pequeño recipiente sacado de su mochila, procediendo a abrirlo cuidadosamente para que no se vertiera ni una gota del jugo de los guisantes. Todo era alimenticio y no estaban en situación de desperdiciar.

En medio de un taciturno silencio comió cada cual la mísera porción que les correspondía. Al terminar, Adams señalo hacia la linterna.

-En cuanto se agote la pila quedaremos totalmente a oscuras. Deben quedar horas solamente.

-Yo creo que debemos seguir adelante con la máxima rapidez -George Ray, casi recuperado el vigor a costa de las raciones de sus salvadores, había tratado varias veces de asumir el mando de la expedición-. Esa abertura de ahí es la más apropiada. ¡En marcha!

Se levantó rápidamente, echando a andar. Los demás se mantuvieron inmóviles.

-No.

Ray dio otros dos pasos antes de que acabara de asimilar su mente el significado de esta última palabra de Jane Dunlop. Dio media vuelta, furioso.

-¡He dicho que vamos por ahí, y así será!

-No -repitió Jane.

A su vez la muchacha se puso en pie y, recogiendo su parte de equipo, caminó siguiendo el curso del arroyo según habían venido haciendo desde el principio.

Los otros tres la siguieron, algo extrañados de las secas palabras que pronunciara. Siempre se dirigía a Ray en el mismo tono.

El capitán se interpuso en el camino de la muchacha, atrapándola de la muñeca, y trató de arrastrarla en la dirección indicada por él.

-¡Suéltela, Ray! -advirtió Norman, avanzando un paso, con los puños cerrados.

-¡Sí, mequetrefe! -gritó el capitán-. ¡La soltaré, pero es para poder aplastarte esa cara de cretino!

Y antes de que nadie pudiera adivinar sus intenciones había estrellado un puño contra el rostro del periodista. Norman cayó al suelo, golpeándose con una piedra.

-¡Bestia! ¡Salvaje! -sollozó Jane, arrodillándose junto al caído. Al ver que Matt avanzaba hacia Ray, le contuvo con una voz-. ¡Déjale, Matt! Es lo único que sabe hacer: golpear a todo el mundo.

Ray trató de apoderarse de la única linterna, que Matt había entregado a Susan, pero la muchacha la apagó rápidamente. EI capitán lanzó una horrible blasfemia al tropezar violentamente con un peñasco, lastimándose una rodilla.

-!No la enciendas, Susan! -advirtió Jane-. ¡Ni hables, para que no pueda localizarte! Aquí nos quedaremos para siempre... ¡por su afán de avasallarlo todo! ¡Estúpido! Pero es preferible morir antes que volver otra vez...

Calló abruptamente. En su indignación había estado a punto de hablar más de lo que deseaba.

Durante un rato no se oyó otra cosa que la rápida respiración de las muchachas. Fue, por fin, la propia Jane quien rompió el silencio para preguntar ansiosamente, en voz baja:

-¿Norman? ¿Estás bien?

No obtuvo respuesta. Un horrible pensamiento cruzó su mente.

-¡Le has matado, George! ¡Asesino! ¡¡Norman!! ¡Contéstame!

Trató de arrastrarse a tientas en la dirección en que pensaba encontrar a Norman, pero al cabo de un rato tuvo que desistir.

Fue Ray quien habló esta vez, al cabo de unos instantes. Su voz carecía de los tonos rudos de antes.

-Jane, por favor... Di a Susan que encienda la linterna. Norman puede estar mal herido.

-¡Tú eres el culpable, canalla!

-Sí, lo sé... -se le veía arrepentido por la forma de hablar-. Pero hemos de atenderle... Te prometo que no...

-¡Promesas tuyas! ¡Te he oído prometer muchas cosas, George! ¡No enciendas la luz, Susan!

-Voy a encenderla, Jane -dijo la muchacha, temblorosamente. Estaba profundamente asustada.

-¡No! -gritó Jane.

Un rayo de luz atravesó las tinieblas. Ray no mostró interés alguno por la lámpara ni por sus compañeros. Cojeando, se aproximó al lugar donde

yacía Norman Adams, dejándose caer al suelo a su lado.

La rodilla le dolía terriblemente, pero trató de olvidarse de ello. Asustado y arrepentido por las consecuencias de su ataque de torpe cólera, aplicó el oído al pecho del periodista, buscando los latidos de su corazón.

Las dos muchachas y Matt Perry aguardaban ansiosamente, concentrados a su alrededor.

-¿E... está vivo? -preguntó Susan con un hilo de voz.

-Sí, únicamente ha perdido el sentido -siguió explorando el cuerpo del inconsciente Norman-. No creo que tenga fracturado el cráneo. Traiga la cantimplora, Perry.

Minutos después Norman empezaba a revivir. El único recuerdo que le quedaba al cabo de media hora, cuando se disponían a reanudar la marcha, era un fuerte dolor de cabeza.

Ray se quedó atrás, sentado sobre una roca, y los otros se dieron cuenta de su ausencia cuando ya se habían alejado unos pasos.

-¡George! -llamó Jane. Había ansiedad en esta palabra.

No obtuvo respuesta. Susan giró la linterna a su alrededor.

-No viene con nosotros, Jane -dijo-. ¿Se habrá ido por donde decía él?

-Es muy capaz. ¡Tozudo! Regresa a buscarle, Matt, por favor. Te esperamos aquí.

El joven regresó, luego de tomar la lámpara de manos de Susan. Ray permanecía en la misma posición, tratando de masajear la pierna herida para aliviar los dolores que sentía.

-¿Qué le ocurre, señor Ray? -preguntó Matt-. ¿Por qué no viene con nosotros?

-No puedo andar. Sigan ustedes solos. Irán más tranquilos que conmigo.

-Le ayudaré -ofreció el muchacho, disponiéndose a cumplir lo que decía.

El militar le rechazó.

-¡No! Váyanse ustedes solos. Si se acerca le golpearé.

Matt se impresionó. No disponía de fuerzas físicas bastantes para permitirse arrostrar la agresividad de que Ray había dado muestras poco antes, y cabizbajo regresó junto a los otros.

Jane había oído lo que hablaban. Sin necesidad de que Perry le dijera nada, hizo ella el camino de regreso.

-¿Qué tontería es ésa de que te dejemos, George? -preguntó en voz baja cuando estuvo al lado del capitán-. Si no puedes andar, te ayudaremos.

-Dejadme solo, Jane -repuso él en el mismo tono-. Todos, y especialmente tú, estáis deseando perderme de vista.

-De acuerdo, en lo que a mí respecta al menos. Sabes muy bien que tengo motivos para ello.

-Sí, lo sé -reconoció Ray amargamente-. Nada de lo que yo dijera podría hacer que dejaras de odiarme. Por eso bastó que yo indicara un camino para que tú escogieras automáticamente el otro.

-No soy tan inconsciente como crees, George, ni me apasiona el rencor hasta tales extremos. La razón es que no creo apropiada esa ruta.

-No veo por qué. Es igual que cualquier otra.

-¡Reflexiona! Las dos siguen una pendiente bastante pronunciada. Pero estamos sin provisiones. Las posibilidades de hallar una salida vienen a ser quizá las mismas. ¿Qué haríamos mañana sin agua?

Ray lo pensó un poco. Jane tenía razón, pues la corriente que venían siguiendo desde el principio procedía del túnel escogido por ella.

-Es cierto -reconoció-. Tienes razón como casi siempre.

-¿Vas a venir?

-¿Qué remedio? -sonrió sin demasiada alegría-. Estoy seguro de que si me quedo aquí terminaré descubriendo demasiado tarde que también en eso estaba yo equivocado. Vamos.

Se puso en pie y, aunque con ciertas dificultades, caminó tras ella. Los dolores de la rodilla parecían ir decreciendo, y aunque de vez en cuando tenía que buscar apoyo en alguna roca, no retrasaba demasiado a los demás. Norman ya podía caminar perfectamente por sus propios medios.

En aquella jornada el recorrido fue menor de lo normal, aunque invirtieron más tiempo que en otras ocasiones. Desalentados, casi a oscuras pese a mantener encendida la lámpara, se dejaron caer al suelo, sin fuerzas para seguir adelante. Sabían que aquello era el final, pues al otro día carecerían de luz con que guiarse.

-Aquí termina la aventura -suspiró Norman-. ¿Cuantos kilómetros habremos recorrido?

-Muchos -dijo Jane-. Pero, ¿qué importa eso ahora? Hubo momentos en que creí que todo acabaría bien... que encontraríamos una salida al exterior.

-Tal vez sea mejor así -George Ray, que se había mantenido tan silencioso como los demás, habló con humildad, como deseando hacer olvidar su arrebato anterior, que hubiera podido traer tan graves consecuencias.

-¿Por qué lo dice, señor Ray? -Susan se volvió hacia él en la oscuridad-. ¡Yo quiero vivir!

-Todos queremos vivir, señorita. Pero ¿cree que le sería posible hacerlo en el exterior duraste mucho tiempo? Las radiaciones estarán extendidas por toda la superficie de la Tierra. Hombres, animales y plantas languidecerán en medio de horrorosos sufrimientos, sin esperanza alguna de salvación. Repito que quizá nuestra muerte sea más misericordiosa que la de ellos. Viviremos menos tiempo, es cierto, pero no sufriremos la infernal agonía dé sentir como el diabólico producto de la mente humana

nos arranca poco a poco las carnes, convierte nuestra sangre en algo inservible para nuestro cuerpo...

-¡No siga, por favor! -gritó Susan.

-Deje estar eso, Ray -pidió Norman-. No atormente a las mujeres.

-Perdón.

Cayeron en uno de los últimamente tan frecuentes silencios taciturnos,

-Matt -llamó Norman al cabo de un rato-. ¿Quieres hacerme un favor?

-¡Claro que sí, Norman¡ ¿Que deseas?

-Llena las cantimploras de agua. Necesito echarme una ducha para refrescar la cabeza. Además podríamos poner compresas en la rodilla de Ray; debe tenerla muy hinchada.

-Enciende la linterna, Susan -pidió Matt.

-¡Nada de eso! -medió Ray-. Hemos de economizar al máximo lo poco que nos queda de pila. Estamos todos juntos y, si no nos movemos demasiado, no se perderá nadie. Déme una cuerda y la ataré a una roca. Puede alejarse llevándola en la mano y guiarse por ella al regreso.

-Pero... -vaciló el muchacho.

-Hay que ir preparándose para vivir como los topos. Matt -dijo Jane. Por un momento había deseado contradecir a Ray, por el simple gusto de hacerlo. Pero reconoció que tenía toda la razón esta vez-. Haz lo que te dicen.

Matt obedeció. Sosteniendo con una mano la cuerda para deslizarla mientras se alejaba y tanteando con la otra su camino, se arrastró en la dirección que suponía estar el arroyo. De su cintura colgaban las cantimploras de todos.

Caminó más de lo que esperaba, aunque, sabiendo que sus progresos no podían ser muy rápidos, no le llamó demasiado la atención. Muy cerca de él escuchaba ya el rumor del agua cayendo por alguna pequeña cascada.

De pronto sintió que el pie que acababa de adelantar no encontraba dónde apoyarse. Se tendió en el suelo, tanteando. Nada, el vacío. Y allí mismo estaba el agua.

-¡Señor Ray! -llamó-. ¿Está bien sujeta la cuerda? ¿Podrá sostener mi peso?

-Seguro que sí -rió el otro- ¿Qué ocurre?

-No sé. Debo haberme desviado algo, pues no recuerdo que la corriente pasara por debajo de ningún peñasco. Voy a descolgarme. El agua está aquí mismo.

-Hágalo, no hay cuidado.

Se dejó bajar. ¡Diablos, qué peña más alta! Por fin sus pies tocaron el suelo. Arrodillándose tanteó en busca del agua, que estaba con seguridad a su alcance. La pequeña cascada le salpicaba al caer.

Algo viscoso se le pegó a las manos. Barro, con seguridad. Siguió

buscando y, por fin. sus manos penetraron en el agua. Arrollándose la cuerda a la cintura, sin atarla, para que no se le perdiera, fue sumergiendo las cantimploras.

Luego que hubo llenado la última, decidió que no le vendría mal remojarse un poco el rostro. Se sentía sucio y desaliñado.

Formando taza con las dos manos empezó a echarse puñados de agua sobre la cabeza, cara y cuello. Estaba fresca y agradable, y causaba una sensación placentera el sentirla deslizarse en diminutos riachuelos por su pecho y espalda. Ansiosamente bebió...

Con un grito de sobresalto se puso en pie... o trató de hacerlo, pero resbaló en el pegajoso fango, cayendo de espaldas. Su mano se extendió hacia atrás en instintivo movimiento de agarrarse a algo.

Esta vez no se soltó. Se mantuvo fuertemente asido, tratando de adaptarse a la nueva situación en que se hallaba, respirando afanosamente. Su otra mano tanteó debajo de su cuerpo, buscando algo...

-¡Norman! -gritó estentóreamente, despertando los dormidos ecos de la caverna-. ¡Venid corriendo! ¡Traed luz!

-¿Qué te ocurre, muchacho? -le llegó la ansiosa respuesta-. ¿Te has hecho daño?

-¡No! ¡Venid deprisa!

Adams, sobreponiéndose al martilleo que sentía en las sienes, se puso en pie. Susan ya había encendido la linterna y se la estaba ofreciendo.

Primera sorpresa.

-¿Hacia dónde ha ido este calamidad? -preguntó Norman, estupefacto.

En efecto. La cuerda estaba tendida en la misma dirección que habían seguido durante su marcha, en lugar de hacía la izquierda, que era por donde corría el arroyo. Matt había seguido adelante equivocadamente.

Y no era tal peñasco el lugar por donde se había dejado caer, sino una cavidad por la que se despeñaba parte de la corriente que habían venido siguiendo.

Matt estaba en el fondo, perfectamente visible, revolcándose en el legamoso suelo. Su mano izquierda sostenía un objeto blanquecino, mientras la derecha estaba firmemente cogida a ¡un matorral de una especie de juncos, blancos como la nieve!

Norman se dejó caer rápidamente a su lado.

-¿Qué es eso que has cogido, muchacho?

-No lo sé, pero está vivo. ¡Se mueve! ¡Debe ser bueno de comer!

-¡Abre la mano, demonios! ¡Lo vas a dejar irreconocible de tanto apretarlo!

Matt obedeció, temeroso de que se le escapara el pequeño animal. Al principio lo tomaron por una especie desconocida de lagarto.

-¿Ha visto usted algo igual, Ray? -preguntó Matt, volviéndose hacia los

que esperaban arriba.

El capitán bajó hasta allí, y poco después se les reunían también las dos muchachas.

-Creo que sí. Es una salamandra ciega -tomó en sus manos al bichejo-. Es bastante fácil de hallar en las corrientes subterráneas... sobre todo si no están demasiado lejos del aire libre, según tengo entendido.

-¡Eso quiere decir que, siguiendo por aquí, llegaremos al exterior!

-Nada de eso, Susan. El conducto que lleve afuera puede tener muchos kilómetros de longitud, e incluso estar hoy día obstruido. Hay otra cosa que me anima más: las plantas.

-¿Por qué?

-Sencillamente porque las simientes las ha tenido que traer algún animal de fuera... aves nocturnas de las que viven en cuevas. Y veo que aquí hay una verdadera espesura.

En efecto, el túnel estaba lleno de plantas de atormentadas formas, carentes de hojas. La mayoría eran semejantes a espárragos de todos los tamaños imaginables.

Norman tuvo una idea.

-¡Buscad algunas plantas muertas! Estas salamandras serán o no comestibles, pero creo que me voy a aficionar a ellas.

Matt y las muchachas, que eran quienes se encontraban en mejores condiciones físicas, se dedicaron a romper tallos secos, reuniendo una buena provisión.

-También es posible que encontremos peces -se animó Ray.

Las pequeñas salamandras ciegas eran abundantes. Pronto tuvieron pescadas seis o siete. Disponiendo de cerillas en bastante cantidad, ya que apenas habían utilizado las que llevaban, pronto pudieron encender un pequeño fuego

-¡Y tendremos luz transportable! -se regocijó Norman-. ¡Fijaos en lo bien que arden estos palos y lo lentamente que se consumen!

Los perdidos exploradores sentían que los ánimos iban incrementándose. El espectro de una próxima muerte por inanición y en medio de la tenebrosa oscuridad, parecía haberse alejado. Ahora podían tomar la situación con mayor calma y optimismo.

-Casi estoy por creer que estamos mejor nosotros que lo puedan estar los desgraciados de ahí fuera. -comentó Ray, resumiendo las ideas de los demás.

CAPÍTULO V

-¿Les tomamos a bordo, Walhai?

-No. Al menos de momento. Si a nuestro regreso caben en la nave, les recogeremos. Caso contrario haríamos otro viaje. Por ahora están seguros ahí, ya que disponen de medios para mantenerse durante un año.

Los misteriosos seres procedentes de Plutón se habían detenido momentáneamente sobre el cielo de Marte, observando a los componentes de la segunda expedición terrestre a este planeta, que ahora se encontraban totalmente aislados en un mundo decididamente hostil y en el cual les sería imposible sobrevivir demasiado tiempo sin ayuda exterior.

-Yo estoy convencido de que los habitantes del tercer planeta (La Tierra) no hubieran llegado jamás a una guerra de exterminio. Esa expedición conjunta es buena prueba de ello... de que ya estaba próximo el día en que hubieran empezado a limarse asperezas y sentarse las bases de una más estrecha unión entre las distintas nacionalidades hasta desembocar en una desaparición total de fronteras y conceptos de raza.

En efecto, Tonsheh no andaba descaminado en sus creencias, ya que las ciento y pico de personas que componían el grupo expedicionario eran de prácticamente todas las procedencias terrestres: japoneses, ingleses, rusos, norteamericanos, alemanes, españoles... blancos, negros, amarillos... todos se mezclaban en perfecta camaradería, unidos para el fin común. Si alguna nación no proporcionó tripulantes o científicos, no había sido porque se la dejara de lado sino por imposibilidad material. Estos países habían contribuido con medios de otras especies, por lo que podía decirse que bajo el patrocinio de las siempre tambaleantes y siempre renacientes de sus cenizas Naciones Unidas, la Tierra empezaba a vivir una nueva era de sentido común.

Y entonces el inesperado golpe que destruía toda aquella ímproba tarea de siglos...

-Ahí quedarán hasta que vengamos a recogerlos, pues ni una sola de sus naves puede regresar sin ser reabastecida de combustible desde la Tierra. Posiblemente aún ignoren la causa de que se hayan interrumpido las comunicaciones con sus bases.

La astronave siguió viaje hacia el centro del Sistema Solar, desviándose ligeramente para alcanzar la Tierra, que se encontraba al otro lado del astro rey. Veinticuatro horas más tarde llegaban a su destino.

* * * *

-¿Cuánto tiempo llevamos sin ver el sol, Norman? -era Ray quien hacía esta pregunta.

-Veintitrés días -repuso el aludido consultando su reloj, único del grupo que aún funcionaba-. Ya empiezo a creer que, si hay alguna salida de esta ratonera, debe estar debajo del agua.

-Yo no lo creo así -intervino Matt Perry-. Fijaos en esto.

Se inclinaba hacia el suelo, mostrando algo que yacía allí.

-¡Un murciélago! -dijo Susan con repugnancia-. ¿Qué tiene que ver eso...?

-Mucho. Aquí dentro no hemos visto ninguno. Por lo tanto ese animalito vino de fuera y posiblemente no pudo encontrar el camino de regreso, muriendo de hambre aquí dentro. No debe hacer muchos días a juzgar por su estado.

Se encontraban en medio de una enorme concavidad, a uno de cuyos lados se formaba un lago de respetables dimensiones con el agua del arroyo que habían seguido para llegar allí. La pesca abundaba, aunque estaba invariablemente formada por peces y salamandras de pálidos colores amarillentos, ciegos o casi ciegos en su totalidad. Los largos siglos de falta de exposición a la luz les habían atrofiado los ojos, cosa muy corriente en los habitantes de aguas subterráneas.

-Probemos en ese agujero -propuso Norman, señalando una estrecha boca que se abría cerca de donde estaban.

Se introdujo el primero, no sin cierta aprensión, ya que recordaba muy bien las interminables horas pasadas en un tubo como aquel, apenas suficiente para permitirle el paso, reptando como una serpiente. Ahora la perspectiva era mucho peor ya que no podía alumbrarse con una de las rústicas antorchas de que disponían: el humo le hubiera ahogado en menos de un minuto.

Los otros aguardaron impacientes su regreso. Muy poco a poco el agujero iba tragándose la cuerda que arrastraba Norman tras de sí.

Transcurrió una hora. Cuarenta metros de perlón trenzado habían desaparecido en el interior de la cavidad.

-¡Qué despacio va! -se lamentó Jane.

-No sabemos lo difícil que pueda ser el camino -advirtió Matt-. Recuerda que la otra vez que hizo esto le costó diez horas de llegar al final... ¡Fijaos ahora!

La cuerda empezó a correr rápidamente, aunque no con tanta velocidad que les hiciera. temer una caída de su compañero. Más bien parecía estar recogiéndola.

Luego transcurrieron largos minutos sin que la cuerda se moviese.

Norman Adams había alcanzado un lugar donde la estrecha galería parecía terminar sobre el vacío. Trataba de descolgarse por ella hasta tocar el suelo, pero cuando empezaba a buscar un sitio donde sujetarla, llegó a sus oídos un agudo grito. Fue un chillido breve, casi instantáneo; y Norman

quedó inmóvil, esperando su repetición.

Inútilmente. El grito no se repitió.

Calculó que no estaba muy lejos de sus compañeros, y que si hablaba le oirían. Se le estaba ocurriendo una idea, y quería comprobar si estaba acertado.

-¡Ray! -dijo en voz alta,

Nuevamente le llegó el alarido, pero esta vez acompañado de un coro completo y rápidos golpes blandos,

-¿Qué ocurre, Norman? -preguntó el oficial.

-Envíenme una antorcha.

Dos minutos después la tenía en su poder. La encendió... y allí, ante él, pudo observar una verdadera nube de murciélagos, aleteando locamente, alarmados por las voces y la inesperada luz.

Se encontraba sobre una alta cornisa, a más de veinte metros de altura sobre el suelo. Pero desde su posición actual le resultaba imposible ver salida alguna al exterior.

-La hay, seguro -se dijo-. Estos bichos tienen que entrar por algún sitio.

-¡Norman! -llamaron desde el otro lado-. ¿Qué has encontrado?

-Algo interesante, creo yo -repuso-. Podéis ir viniendo.

Mientras los otros llegaban, Norman descendió hasta el suelo. Los murciélagos iban locamente de un lado a otro, y el periodista seguía su revolotear en círculos, ansioso por descubrir la cavidad en que desaparecían. Que esto estaba ocurriendo era indudable, ya que continuamente disminuía su número.

Aún se encontraba en la misma situación; la tercera antorcha estaba agotándose en su mano cuando Ray asomó. Ya únicamente dos o tres murciélagos volaban ciegamente por la caverna. Los demás habían desaparecido, refugiándose en los rincones más oscuros o saliendo al exterior por aquella abertura que no se dejaba descubrir.

Por fin el último de los bichejos se lanzó rectamente contra el muro, y cuando Norman apartaba ya la vista, convencido de que iba a refugiarse allí, comprobó que embestía a toda velocidad, como tratando de estrellarse... y desaparecía.

-¡Ahí es! -gritó exaltado, corriendo hacia el lugar. Sus compañeros se quedaron asombrados mirándole, ignorantes de lo que había estado haciendo.

Norman se tendió sobre un pequeño saliente en la roca, trepando con trabajo hasta el sitio donde viera escaparse al murciélago... Y al otro lado estaba la luz del día.

Pero la abertura era demasiado estrecha para permitirles el paso.

* * * *

Dos días después, luego de trabajar incansablemente, casi arañando con las uñas en la blanda piedra caliza, lograban surgir al aire libre.

¿Qué encontrarían en el exterior?

Atemorizados, sin atreverse a pensar en el panorama que se iba a ofrecer ante su vista, cruzaron la corta caverna que oficiaba de antesala al dormitorio de los murciélagos... y ante sus ojos se ofreció la verde espesura de un bosque encerrado entre las abruptas pendientes de las montañas.

-No parece haber cambiado nada, capitán -dijo Norman, sintiéndose aliviado.

-En efecto. Al menos en este lugar. Pero yo creo haber leído en algún sitio que las radiaciones indirectas no matan instantáneamente. Incluso es posible que este pequeño bosque sobreviva. Pero no me convenceré de que en realidad los daños no son muy grandes, hasta que lo haya comprobado por mí mismo. ¡Vamos hacia la ciudad más próxima!

-¿Y dónde está esa ciudad... si es que existe alguna? -preguntó suavemente Jane.

Ray se volvió rápidamente hacia ella.

-¿Sarcasmos también, Jane? Si no te paree bien...

-Ni bien ni mal. Lo único que encuentro detestable es ese aire de superioridad que te gastas. ¡Y no estoy dispuesta a ir contigo ni un solo paso más! ¡Bastante he tenido que soportarte ya!

La muchacha estaba indignada hasta lo inverosímil. Sus compañeros de profesión la miraron estupefactos por el estallido de mal humor, poco frecuente en su carácter normalmente plácido. ¿Que habría entre ella y George Ray? El comportamiento del capitán, salvo cuando golpeó a Norman, había sido perfectamente normal. Cierto que parecía dispuesto a dar órdenes con demasiada prodigalidad, pero incluso esto resultaba lógico en un hombre acostumbrado a hacerse obedecer: era militar.

-Muy bien, Jane. Como quieras -Ray se volvió hacia los otros tres-. Supongo que, aunque solamente sea por solidaridad profesional, estarán de acuerdo con ella. ¿No es así?

No obtuvo respuesta. Entendiendo que e1 silencio equivalía a una afirmación tácita, se encogió de hombros.

-Como quieran -repitió, ahora en plural-. No me gusta estorbar... Por tanto... ¡Adiós a todos! Muy agradecido por haberme salvado la vida.

Y echó a andar pendiente abajo en la dirección que había indicado. Jane abrió la boca como si tratase de decir algo, pero lo pensó mejor. Inclinándose, tomó su mochila, casi totalmente vacía ahora.

-¿Hacía dónde vamos nosotros, Norman?

-No lo sé, muchacha. Creo que has hecho mal...

-¡Me importa poco tu opinión! ¡Si crees que estoy equivocada, puedes marcharte con él! ¡Podéis iros todos!

Nadie respondió. Cabizbajos, ensimismados cada cual en sus propios pensamientos, iniciaron el descenso. George Ray marchaba a un centenar de metros por delante suyo.

Pronto, sin embargo, le perdieron de vista, pues mientras él parecía bordear el monte, apenas descendiendo, los periodistas trataban de ganar cuanto antes el fondo de la pendiente. Una vez allí siguieron barranco abajo por un sendero que apenas se dejaba adivinar por entre la maleza.

Norman se rezagó ligeramente para mantener el paso con Jane, que no parecía tener prisa alguna.

-Ya sé que no es de mi incumbencia, Jane, y no quisiera que vieses en mis palabras un deseo de inmiscuirme en lo que no me importa. Pero creo que no te has portado demasiado bien con Ray.

-¿Qué sabes tú, Norman? -preguntó ella, abatidamente-. Son muchos años los que le conozco... Es decir, no muchos. No se puede decir que somos amigos de 1a infancia. Pero sí he sabido de él lo bastante para que me sienta justificada para escupirle a la cara en el poco tiempo que le he tratado. A mí me parecen siglos.

-Vuestra amistad... -vaciló-, fue algo más que eso, ¿verdad?

-Dejémoslo, Norman. Por favor...

-Habrá podido ocurrir entre vosotros lo que sea -insistió él, arrostrando el posible estallido de cólera de la muchacha-, pero tengo la impresión de que hay un malentendido en vuestras relaciones. A mí no me parece ma1a persona: un poco seco, quizás... autoritario. Pero nada grave. Le considero un buen compañero.

-Por lo visto olvidas que te pegó el otro día.

-Estaba irritado contigo, por tu actitud despectiva. En eso le disculpo.

-Yo, no.

Norman abandonó, comprendiendo que era inútil cuanto dijera en favor del capitán. Sin embargo lamentaba sinceramente el encono de Jane Dunlop, y se prometió insistir.

Aunque, ¿para qué? George Ray ya no estaba con ellos, y posiblemente no le verían más.

-¡Norman! -le llamó Jane, viendo que volvía a apretar el paso, dejándola atrás. Esperó-. Si... si le encontramos de nuevo, no me opondré a que venga con nosotros, caso de que tú, Matt y Susan lo consideréis conveniente.

-No creo que haya ocasión, muchacha. La última vez que le vimos seguía una ruta divergente con la nuestra. El mundo es grande y, si no es por una improbable casualidad, no le veremos más.

Ella calló, y Adams siguió adelante para alcanzar a Susan y Matt Perry.

-¿Sabéis dónde estamos? -preguntó a los dos a un tiempo.

Susan movió negativamente la cabeza.

-Ni idea, chico -repuso Matt-. Sin embargo, creo que bastante lejos de la entrada de la cueva donde empezó nuestro viaje. A no ser que hayamos trazado un círculo...

-Es posible, aunque más bien creo que habremos viajado en una línea recta aproximada. De todas formas no tiene demasiada importancia, salvo que quizá pudiéramos aprovechar el «jeep».

Matt se volvió vivamente.

-¡Oye! ¿Sabes que es una buena idea? ¡El depósito de esencia estaba casi lleno! ¡Podríamos ir lejos con él!

-No te hagas ilusiones, Matt. Lo más seguro es que el formidable calor de las explosiones de las bombas lo incendiara por lo menos... si no quedó sepultado bajo alguna avalancha de los peñascos que obstruyeron la entrada de la cueva.

-¡Derrotista! -se quejó Susan-. ¡No hay manera de fantasear un poco estando tú delante! ¿Por qué no nos dices que las bombas debieron estallar casi encima mismo del coche?

-Porque ya lo has dicho tú. Eso mismo es lo que pensaba yo.

-¡Oye...! -Susan tomó a Norman del brazo para retrasarle un poco con respecto a Matt, aunque cuidando a la vez de que Jane no alcanzara a oírles-. ¿ Qué le has dicho a Jane? ¿Que no debió hacerle eso a George?

-Eso mismo. ¿Por qué lo preguntas?

-Jane está enamorada de él... y él de ella. Debió ocurrirles algo que les separó. Algún disgustillo sin importancia para los demás y que a ella le parece una montaña insalvable.

-Algo parecido pienso yo -reconoció Norman-. Pero no quiere saber nada. Sin embargo, ha condescendido a que se reincorpore a nuestro grupo si lo deseamos y él consiente... en el supuesto de que le encontremos.

-Eso es difícil.

-Lo mismo creo.

Matt les estaba esperando de pie sobre una alta peña. Tenía la cabeza baja, como mirando con interés algo que tenía debajo mismo.

-Me parece que lo mejor que podemos hacer es acampar aquí mismo -propuso, señalando hacia el camino que tenían delante-. Esta pendiente no será demasiado difícil de bajar, pero se nos haría de noche antes de que llegáramos al final. Este lugar es bastante cómodo.

Se aceptó la idea. El resto de la tarde lo invirtieron en cábalas sobre los efectos que el bombardeo nuclear habría producido sobre la población de la Tierra.

-Es imposible, por muchas bombas que hayan estallado, que no quede nadie vivo -decía Norman.

-¡No digas eso, por favor! -pidió Jane-. ¡Sería horrible que estuviéramos nosotros solos sobre la superficie del planeta!

-La casualidad que nos llevó a estar en el fondo de una cueva al producirse la ruptura de hostilidades se habrá repetido en otras partes. Todas las bases subterráneas como en la que prestaba servicio Ray, no pueden haber sido destruidas; sus ocupantes estaban bien protegidos. Y habría gente en refugios... en lugares remotos donde a nadie se le habrá ocurrido lanzar un proyectil. Un ejemplo de ello está aquí mismo. Fijaos que en todo el día no hemos encontrado rastro de radiactividad... o mejor dicho, de sus efectos.

-Plantas y animales hacen su vida normal- observó Matt.

-Sí, es cierto -dijo Norman-. Pero... No quiero que vuelvas a llamarme derrotista, Susan. Me callo.

-¿Qué querías decir? -preguntó Jane-. Habla, Norman. No nos tengas intrigados, por favor.

Norman seguía vacilando.

-Dinos lo que sea -apremió Matt-. Creo que todos somos mayorcitos para aceptar lo que tengas que darnos, por malo que resulte.

-Está bien -suspiró Adams-. Todos habéis leído anticipaciones científicas, más o menos solventes, sobre las consecuencias de una guerra nuclear en gran escala. Incluso se ha escrito mucho acerca de los peligros que a la larga ocasionarían los experimentos con bombas atómicas. Recordad que hace ya bastantes años se llegaron a prohibir las explosiones nucleares luego de mucho tira y afloja. Últimamente sólo se realizaban bajo extraordinarias precauciones y en número limitadísimo, previa autorización de la Asamblea General para cada vez.

-Olvidado de tan sabido -reconoció Jane-. Pero como no te expliques más a las claras...

Norman la miró con profunda sorpresa.

-¡Jane! ¡No te conozco! -de pronto se le ocurrió algo que le hizo sonreír-. Comprendo... ¡Apostaría cualquier cosa a que ni siquiera sabes de qué estábamos hablando!

-¡Claro que lo sé! -se indignó la muchacha-. ¿A qué viene esa risita?

Pero lo sabía perfectamente, y la sangre le subió en una violenta oleada al rostro.

-Estás tan preocupada con tus propios pensamientos que hablas y escuchas sin seguir la conversación. Matt y Susan han comprendido a la perfección lo que yo quería decir. ¡Apéate de las nubes y piensa un poco!

Jane trató de obedecer. Poco a poco fue haciéndose la luz en su mente, y al cabo de unos instantes había palidecido tanto como Susan o Matt.

-¿Quieres... decir... la radiactividad del polvo suspendido en la atmósfera? Sus lentos efectos extendiéndose años y años...

-Exacto. A la larga no quedará rincón en el mundo, por oculto o lejano, libre de dosis masivas de esa muerte invisible.

-Y, más tarde o más pronto, se extinguirán todos los seres vivientes... personas, animales y plantas. Los habitantes del mar y de la tierra... Todo desaparecerá para siempre.

-Así es, Jane -corroboró Matt-. Estamos condenados a la extinción a corto plazo.

-Entonces... ¿a donde vamos? Igual nos da morir aquí que en cualquier otra parte.

Norman la miró con cierta lástima,

-No te conozco ahora, Jane -repitió-. Tú siempre tan animosa, y ahora quieres rendirte sin luchar,

-No hay objeto en la lucha -insistió ella-. Ninguna posibilidad de sobrevivir, nosotros ni nadie.

-Eso jamás puede saberse hasta el final. Recuerda simplemente un poco de historia: muchos hombres han muerto luchando aunque sabían que no había salvación para ellos.

-Numancia, El Álamo, son los ejemplos que quieres ponerme delante, ¿verdad? No me sirven, Norman. Alguien sobrevivió para aprovecharse de aquellos sacrificios.

-Mientras hay vida, hay esperanza. ¡Soy demasiado joven para dejarme morir sin luchar!

Con estas valientes palabras de Susan Keller quedó cerrada la discusión.

Al día siguiente reemprendieron la marcha. Y fue tan abrupto el final del camino que seguían, que permanecieron más de una hora contemplando estupefactos el desolador panorama ofrecido por la llanura que tenían ante sí.

-Terrible, ¿verdad? -sonó detrás de ellos una voz conocida-. Tierra verdaderamente calcinada, no como lo que en otros tiempos se entendía como tal, en que la vida volvía a florecer al cabo de unos meses. Aquí transcurrirán miles de años tal vez antes de que crezca una planta... si jamás llega a haberla.

CAPÍTULO VI

Los cuatro se volvieron, sorprendidos. A sus espaldas, tranquilamente sentado sobre una roca, permanecía el capitán Ray. Seguramente llevaba varias horas allí.

-Sí -contestó a la muda pregunta colectiva-. Sabía que acabarían llegando aquí, y tomé un atajo. Solamente les he esperado para advertirles que no deben aventurarse por esa llanura ennegrecida -señaló con un largo y fuerte bastón que llevaba en la mano-. Es la muerte en el plazo de pocas horas. Adiós.

Se puso en pie, apoyándose en el palo, y echó a andar en la dirección peligrosa, Cojeaba visiblemente y llevaba envarada la pierna derecha.

-¡George! -llamó Adams-. ¿A dónde va usted?

Ray se detuvo, volviendo la cabeza a medias.

-Al sitio de donde no debí salir. A la Base 83.

-¿Está... está ahí? -preguntó Susan, vacilante-. ¿En ese desolado lugar?

-Ahí mismo -sonrió lúgubremente-. Ya sé lo que van a decirme: que es una locura... que no llegaré con vida. No es necesario que me hagan reflexiones; sé mejor que ustedes lo que me espera.

-Creo que hace mal, George -dijo Norman-. ¿Por qué no se queda con nosotros? Le necesitamos...

-Jane *me necesita...* bien lejos de ella. Así no le molestaré más con mi presencia.

-Está conforme con que se una usted a nosotros. Ya hemos hablado de eso -insistió el periodista.

-No lo creeré hasta que lo diga ella -hizo una corta pausa, mirando fijamente a la muchacha-. ¿Me quedo, Jane? No me gusta estorbar.

Ella no contestó, limitándose a apartar la mirada.

-¿Lo ven? No hay nada que hacer. Lo siento.

-¡Quédese, Ray! -pidió Susan-. ¡No nos obligue a recordarle que está en deuda con nosotros!

-Me salvaron la vida, es cierto -reconoció el capitán. Recapacitó unos instantes-. Después de todo, vivir siempre es agradable. ¡Bien! Devolveré el favor, pero conste que no me resulta tentadora la perspectiva de que alguien se encuentre incómodo. Por ello me reservo el derecho a dejarles cuando lo considere oportuno.

-¡Gracias, Ray! -exclamó Susan, gozosa-. Procuraremos que esté lo mejor posible a nuestro lado.

Ray desanduvo penosamente los cuatro o cinco pasos que le separaban de los periodistas.

-Será mejor que nos sentemos. Hay que confeccionar nuestro plan de conducta. A la sombra de ese árbol estaremos más cómodos -señaló el

lugar que le parecía apropiado, y luego miró hacia arriba-. ¿Se han fijado en el color del Sol?

Todas las caras se levantaron hacia el espacio.

-Si -repuso Norman-. Lo observé ayer, pero no quise decir nada porque no sé a qué se debe. Es un color rojizo muy extraño.

-Yo sé lo que es -explicó Ray-. Es la continua advertencia del peligro que se cierne invisible sobre nosotros. La Luna está llena y tiene el mismo color por la noche.

-No la he visto -reconoció Norman-. Solamente al salir la observé unos instantes y no le encontré nada extraño. Ya sabe que cuando asoma por el horizonte suele tener esa apariencia muchas veces. Luego me dormí. ¿A qué se debe?

-Al polvo levantado por los estallidos de las bombas, que se encuentra en suspensión en las capas altas de la atmósfera. Ese polvo oficia de filtro, obstruyendo el paso de las ondas más cortas del espectro, y deja pasar con mayor libertad las largas que son las que se inclinan hacia el rojo.

-Entonces -rió Matt Perry-, eso no tiene importancia alguna. Por un momento había creído que se trataba de algún nuevo peligro...

-Y lo es -afirmó Ray muy serio-. Ese polvo es, en su mayor parte, radiactivo. Estará cayendo sobre la superficie de la Tierra durante meses... tal vez años o siglos. Prácticamente oficiará de ácido destructor de la vida en todas partes.

Todos quedaron serios ahora, absortos, pensando en las nulas probabilidades que tenía la raza humana... o lo que quedara de ella, si quedaba algo aún. Ellos no se contaban ya que estaban seguros de no tener más de algunos días de vida.

George Ray paseó una irónica mirada por todos los rostros.

-No os conozco, amigos míos. Hace unos momentos me habéis disuadido de cometer un cuasi suicidio...

-¿Cuasi...? -se indignó Jane sin poderse contener-. ¡Ibas directa y voluntariamente a la muerte! ¡Buscándola! Lo que estabas a punto de hacer es cobardía... Cobardía pura, miedo a morir lentamente; miedo a luchar... ¡Eso es lo que eres! ¡Un cobar...!

-¡Cállate, Jane! -le interrumpió Ray, casi con brutalidad-. ¡No me hables así! ¡Prefiero tu silencio despectivo!

Ella calló, atemorizada. Los demás los miraron extrañados, tanto por el estallido de cólera de la muchacha como por la respuesta del hombre. Al cabo de unos instantes, ya más tranquilizado, Ray prosiguió:

-Os equivocáis -hablaba en voz baja, apenas audible-. Cierto que iba hacia la base con muchas probabilidades de no llegar a ella con vida. Pero también era la única solución que podía ver: si lograba penetrar en ella podría haber encontrado el botiquín, con medicamentos que, si no

salvarme, me hubiesen prolongado la vida al menos. Además, allí hay provisiones.

-Nos dijiste que la radiactividad había penetrado a través de las grietas... -observó Norman.

-Pero el agua habrá limpiado mucho.

-Entonces, estará inundado todo el subterráneo -opuso Jane a su vez.

-¡Diablos! -sonrió el militar-. ¡Me estáis infundiendo ánimos para que lo intente de nuevo!

-¿Aún persistes en esa loca idea? -preguntó Norman incrédulamente.

-¡Claro que sí! ¿Tenéis vosotros alguna mejor?

-Tal vez -Adams no estaba muy seguro-, ¿Por qué no nos dedicamos a buscar nuestro «jeep»? También allí tenemos un botiquín. Podríamos curarte esa pierna, y luego ya veríamos.

-¡Espléndido! -se entusiasmó Ray-. Si podemos hacer funcionar el coche, lo utilizaremos para poner en práctica mi proyecto.

El capitán conocía perfectamente los alrededores de la base, ya que, a falta de otras distracciones, había empleado muchas horas paseando por allí. Una vez le hubieron explicado la situación dé la entrada de la cueva que estuvo a punto de ser su tumba, los guió sin vacilaciones.

El automóvil continuaba impertérrito en el mismo lugar que lo dejaran casi un mes antes. Algunas piedras desprendidas de las alturas lo habían abollado ligeramente pero, por fortuna, no le causaron averías de consideración: una rueda reventada, un faro hecho migas... Nada grave, en fin.

-¡Aquí está el botiquín! -exclamó triunfante Susan, extrayendo la pequeña cajita.

Ray tenía la rodilla hinchada. Era la misma en que tiempo antes se diera un golpe, y posiblemente se le había resentido por algún esguince. Un simple vendaje era todo cuanto se podía hacer por aliviarle. Tal vez bastara.

Fue un momento de ansiedad aquel en que Norman Adams trató de poner en marcha el motor.

Todos se inclinaron hacia adelante, conteniendo la respiración como si del éxito o el fracaso dependieran sus vidas.

El motor carraspeó, se detuvo... volvió a arrancar y, finalmente, quedó funcionando con suavidad.

Un suspiro colectivo saludó la agradable música. Norman cortó el contacto en seguida para ahorrar gasolina. Tal vez no tuvieran ocasión de reponer la que les quedaba en el depósito.

-Ya está, muchachos. ¿A dónde queréis que os lleve? -dijo el periodista, acodándose en la ventanilla.

-Baja, Norman. Voy a subir yo -era Ray quien hablaba.

-¡Ni hablar! -sonrió Norman-. He estado pensando en tu idea y no me

parece tan descabellada como todo eso. Pero, si quieres ir a la base, tendrá que ser cómo pasajero mío.

-¡Es inútil que arriesguemos dos vidas! ¡Tengo que ir yo solo, pues soy el único que conozco la situación de las entradas y dónde encontrar las cosas que necesitamos!

-Con esa pierna te costaría mucho tiempo y lo más seguro es que te volvieras con las manos vacías. ¡Vamos los dos!

-¡No iréis ninguno! --gritó Jane-. Bastante apurada es nuestra situación para que nos expongamos a perderos. Lo mínimo que os puede ocurrir es que regreséis enfermos por las radiaciones, y...

-Ya lo estamos, Jane, aunque no nos hayamos dado cuenta. No insistas, porque es inútil.

Ray había hablado con gran dulzura, pero se le veía dispuesto a realizar su idea aunque tuviera que hacerlo andando.

-Tú, Matt, llévalas a la cueva. Supongo que la entrada estará practicable. O buscad cualquier otra por las cercanías. Aquí hay muchas cavidades. Con ello evitaréis en parte que os caiga encima el polvo radiactivo suspendido en la atmósfera -dispuso Norman.

-Yo voy con vosotros, Norman -se adelantó el joven un paso, alargando la mano hacia la manivela de la puerta. Ray le cogió por la muñeca antes de que llegara a tocarla.

-Tú te quedarás aquí, muchacho. Malo es que venga Norman, pero puede que tenga razón. Arriesgar más gente sería un sacrificio completamente inútil. Además debes tener en cuenta que tal vez no regresemos en muy buen estado. Necesitaremos asistencia urgente.

Luego de descargar el coche de todo cuanto pudiera ser de alguna utilidad a los que se quedaban, volvieron a ponerlo en marcha; y segundos después se perdían en medio de una nube de polvo.

-Va a ser terrible para nosotros el tiempo que transcurra hasta su regreso -dijo Susan Keller-. ¡Seis interminables horas!

-¡En marcha, muchachas! -ordenó secamente Matt, poseído de la responsabilidad que le había caído encima. Comprendía que debía mantenerlas atareadas para que no pensaran en los ausentes... ni en los familiares que sin duda alguna habían muerto en el breve pero terrible bombardeo. Por fortuna aún no habían tenido tiempo para ello.

Y Matt estaba decididamente dispuesto a no dejarlas atacar por la histeria mientras él mantuviera la máxima autoridad.

Cargando cada cual con un paquete, iniciaron el ascenso.

Norman y Ray salieron del estrecho cañón, saltando sobre las desigualdades de la infernal carretera sin pavimentar que desembocaba en otro camino más apto. Allí pudieron sacar al motor todo su rendimiento.

Al cabo de pocos minutos penetraban en la ennegrecida área que

señalaba el punto donde hicieran explosión los diabólicos ingenios.

-¡Fíjate! -decía Norman algunos kilómetros más adelante-. ¡El suelo está cristalizado!

-El calor de las explosiones es enorme -repuso Ray-. Ten cuidado con no dar un resbalón... ¡ Diablos, aquí no hay forma de orientarse! Han desaparecido casi todos los puntos de referencia... -hizo una pausa, oteando cuidadosamente los alrededores-. Sí, creo que es aquí. Tuerce a la izquierda.

La primera entrada que tantearon, disimulada en los casi inexistentes restos de una granja, estaba impracticable. Los escombros la bloqueaban por completo y hubiera sido tarea de días el desobstruirla.

-Había confiado en que pudiéramos penetrar por aquí -dijo Ray, desilusionado-. Es la que estaba más lejos.

-Pero... ¿dónde demonios teníais excavado vuestro agujero? -preguntó Norman.

-Al pie de las montañas -señaló un punto de la cordillera, bastante cercano al que acababan de abandonar.

-No lo comprendo, pero... ¡En fin! ¿Dónde vamos ahora?

-Hay una verdadera red de túneles aquí debajo. En realidad hay otra base un poco más allá, y algunas de las entradas son comunes a las dos.

-Probemos, pues, en la otra. Quizá quede allí alguien con vida.

-Veremos si hay suerte en la próxima. Sigue adelante.

Se trataba de otra casa de campo, pero por encontrarse en medio de una depresión del terreno, no había sufrido tanto los efectos de las explosiones. El edificio permanecía en pie, salvo la techumbre.

Lo primero que encontraron fue el cadáver de un hombre delante de la puerta. El piso bajo había resistido bastante bien y pudieron entrar sin demasiadas dificultades.

-¡Tenemos suerte, después de todo, Norman! -exclamó alegremente el capitán-. ¡El ascensor está bajado!

Se refería al suelo de un amplio departamento, que desde fuera tenía la apariencia de un garaje particular. En el momento de quedar inutilizado el abastecimiento de energía eléctrica habían estado descendiendo un camión con provisiones, y el chófer aún permanecía sentado ante el volante... muerto, desde luego.

Valiéndose de una cuerda llegaron al fondo.

-Sígueme -luego de apoderarse de una lámpara eléctrica de la cabina del camión, para lo cual tuvo que apartar, no sin cierta repugnancia, el cadáver del conductor, Ray se introdujo por un amplio túnel.

Un centenar de metros más adelante desembocaba en un departamento destinado a la descarga, A partir de allí era el personal de las dos bases el que, por medio de carretillas eléctricas, transportaba los abastecimientos a

los almacenes.

-Tuvieron desgracia, desde luego; pero también falta de precaución. ¿A quién se le ocurre abrir mientras estaban expuestos a lo que sucedió? Sin embargo ha sido suerte para nosotros. Tomaremos sus trajes aislantes.

El pequeño almacén particular de la casa estaba bien abastecido. Los dos hombres se apresuraron a administrarse sendas inyecciones que, si no curaban las lesiones radiactivas, sí retrasaban al menos sus efectos hasta que pudiera obtenerse ayuda médica más efectiva.

Recorrieron los túneles durante un trecho, sin hallar señales de vida.

-Yo creo que no vale la pena, George -dijo Norman-. Si hubiera alguien con vida, habrían venido aquí. Y se ve claramente que esto no lo han tocado desde la explosión.

-Tienes razón. Regresemos junto a los otros.

Cargaron el «jeep» hasta los topes con trajes aislantes, medicamentos, comestibles... y varias latas de gasolina. El automóvil también tenía derecho a alimentarse.

En aquel momento no hubiera cabido ni un solo pasajero más en el interior del vehículo.

Como idea de última hora, Ray tomó dos metralletas y varias pistolas.

-Es casi seguro que no los necesitemos, pero por si acaso...

-Falta algo aún -dijo Norman-. ¿Qué me dices de una emisora de radio?

-¡Es verdad! -pero, por más que buscaron, les fue imposible encontrarla. No la había por allí--. Tendremos que conformarnos con escuchar por el receptor del coche. ¡No me explico cómo no se nos ha ocurrido antes!

Durante el camino de regreso estuvieron haciendo probaturas en todas las longitudes de onda, Inútilmente. Los parásitos organizaban un verdadero escándalo que no les permitía saber si había alguna emisora funcionando en cualquier parte del mundo.

-¿A qué se deberá? ¿Estará averiado el aparato? -se extrañó Norman.

-No, hijo -rió su compañero-. La radio es un estupendo contador *Geiger*. ¿Te das cuenta de la enorme radiactividad que nos rodea?

Norman apagó el aparato de un manotazo.

-No hemos pensado en tomar alguno de aquellos contadores que habían allí -lamentó.

-Ahí detrás va uno con varias baterías de repuesto. Pero no te molestes en mirarlo: te morirías del susto.

-Debemos estar atiborrados de radiaciones a estas alturas.

-Prácticamente muertos. Por fortuna llevamos ese maravilloso medicamento que no nos permitirá sentir demasiadas molestias hasta pocas horas antes del final definitivo. ¡Y mientras hay vida, hay esperanza!

Con una hora de retraso sobre el horario previsto se reunieron con Matt

y las muchachas, que ya les contaban por perdidos para siempre.

Luego de las salutaciones de bienvenida, tan efusivas como si su ausencia hubiera durado varios años en lugar de unas cuantas horas, se retiraron a descansar a la cueva habilitada para vivienda por Matt y las muchachas. Ya era de noche, y todos estaban agotados.

Ello no fue obstáculo para que al día siguiente se levantaran muy temprano.

-Lo primero que hemos de hacer -dispuso Ray- es vaciar el automóvil. Si hay que quedarse aquí, conviene tener las cosas a mano en la cueva; y, caso de que nos marchemos, habrá que tener espacio disponible para que podamos acomodarnos todos en el interior.

Jane le lanzó una mirada atravesada por lo que consideraba un abuso: ¿Quién le habría facultado para que diera órdenes a todo bicho viviente? Pero no se atrevió a protestar, ya que los otros parecían muy contentos de obedecer sus disposiciones... que, en la mayor parte de los casos, eran acertadas.

Una hora más tarde tenían realizado el inventario de sus riquezas y estaban ordenándolo todo en los lugares donde menos estorbara. El palacio no era demasiado espacioso.

-El contador -señaló Ray el pequeño aparato- indica que la radiactividad aquí es mínima, casi inexistente. Apenas hay peligro. Yo sugeriría que nos quedáramos aquí una temporada.

-No veo inconveniente -aceptó Norman, dejándose caer sobre una piedra-. ¡Uf! ¡Estoy agotado!

Ray le miró con preocupación. El se sentía igual, y empezaba a temer que la dosis de radiactividad encajada el día anterior hubiera sido más intensa de lo que creyeran ambos y el medicamento fuera incapaz de detener los avances del mal.

-Ese es otro de los motivos de que crea yo oportuno que descansemos aquí unos días. Llevamos una temporada verdaderamente agotadora -el capitán giró la vista en derredor-. ¿Dónde está Susan? No es conveniente que salgamos al exterior más de lo imprescindible.

-No sé dónde puede haberse metido esa muchacha -dijo Matt-. Voy a asomarme.

-Volved en seguida -advirtió Norman.

Matt vio inmediatamente a la muchacha. Estaba tranquilamente sentada en el coche, detrás del volante, y no parecía tener mucha prisa en salir de allí.

-¡Susan! -llamó Perry. Ella no pareció oírle.

El joven bajó a la carrera la corta pendiente.

-¡Susan! -repitió al encontrarse junto a ella-. ¿Qué haces ahí? ¡Vas a estropear algo!

Ella siguió tocando algo que Matt no veía bien. Un dedo se levantó hacia los labios de Susan para exigirle silencio. Matt metió la cabeza por la ventanilla.

-¡Deja eso! ¡Vas a gastar inútilmente la bate...!

Segundos después regresaba al galope hacia donde estaban los demás, llevando casi a remolque a Susan, que gritaba:

-¡Déjame, salvaje! ¡Me vas a tirar!

Pero Matt no la oía.

-¡Norman! ¡Ray! ¡Salid todos! ¡Hay una emisora transmitiendo!

CAPÍTULO VII

George Ray pulsaba con exquisito cuidado los mandos del receptor del automóvil, mientras las cabezas de los demás asomaban ansiosamente por encima de la suya para escuchar la casi inaudible voz que brotaba del aparato en medio de un ensordecedor estruendo de parásitos.

-¡...mada a todos...! ¡Aquí... cional... vencia! ¡...dan a... ake...! ¡Repito! ¡... río abajo... pital...!

La voz se perdió definitivamente, siéndoles imposible captarla de nuevo.

-¿Qué habrá querido transmitir? -preguntó Norman, irguiéndose.

-La primera frase está clara: *¡Llamada a todos...!* -trató de explicar Ray-. Es de suponer que a continuación fuera la palabra *americanos*, e incluso *terrestres*. Lo demás no está tan claro. Las sílabas que se podían escuchar quedaban muy espaciadas.

Cayeron en un largo silencio, reflexionando cada cual por su cuenta.

-Regresemos al refugio -propuso Ray-. No debemos exponernos demasiado.

Diestramente empezó a manejar un destornillador, tratando de arrancar el aparato de radio.

-¿Por qué quieres quitarlo de ahí? -se extrañó Norman.

-Para llevarlo con nosotros. Hemos de tenerlo siempre en marcha y será mejor que lo instalemos en la cueva. Para no sacar la batería del coche, evitando agotarla demasiado al mismo tiempo, utilizaremos las de repuesto del *Geiger*. Si no basta con una, pondremos varias en tándem hasta alcanzar la potencia.

Instantes después tenía la pequeña caja en sus manos, y con ella bajo el brazo caminó hacia donde le esperaban los otros.

El aparato era compacto y apenas abultaba, aunque tenía bastante potencia. Fue necesario aplicarle dos pilas antes de que lograran hacerlo funcionar.

Nada. Los parásitos seguían dueños absolutos del éter.

-Necesitamos una antena, cuanto más grande mejor. ¿Habrá alambre en el «jeep»? -preguntó Ray a Norman.

Éste no contestó. El capitán le miró con extrañeza, viéndole con la mirada perdida en el vacío. Y ya se disponía a sacudirle cuando Norman clavó los ojos en él.

-¡Creo que ya lo tengo! -gritó entusiasmado.

-¿El qué tienes? -quiso saber Jane.

-¡La clave de lo que hemos oído! Fijaos: *...ake...río abajo... pital...* ¿No os dice nada?

Miradas en blanco por todas partes le dieron a entender que no seguían su razonamiento. Insistió.

-Bahía de Chesape*ake... río abajo* de la ca*pital* -cantó victoriosamente-. ¡Esto significa que, para encontrar a los dueños de esa emisora, habremos de dirigirnos hacia la Bahía, partiendo de Washington, Potomac abajo hasta dar con ellos!

De momento parecieron vacilar. En realidad las dos muchachas y Perry empezaban a acostumbrarse a que fuera Ray quien dijese la última palabra, y aguardaban la confirmación por parte de éste.

-Eso está bastante cerca de aquí... -vaciló Ray-. Si los caminos no están en demasiado malas condiciones podríamos hacer el viaje en un par de días con el «jeep», hasta Washington. Entretanto es posible que captemos nuevas emisiones. Pero...

-Sí, Ray. Sé lo que quieres decir. Si agotamos la gasolina y luego resulta que me he equivocado en mi suposición, no se nos presentará un panorama demasiado brillante. Por tanto, ¿qué hacemos?

-Yo optaría por arriesgarnos -propuso Jane.

Susan y Matt no hicieron comentario alguno, indicando que estaban conformes o que no sabían qué decir.

Se adoptó finalmente la decisión de salir.

Al término de los dos días calculados, se encontraban aún en las cercanías de Lexington, estado de Kentucky. Los innumerables rodeos a que se habían visto obligados por carreteras obstruidas, puentes destrozados y áreas fuertemente radiactivas, eran la causa de ello.

-Y la gasolina se acaba -comentó Norman-. Jamás podremos alcanzar Washington.

Ray estaba estudiando un mapa de carreteras. Tomando un lápiz hizo un rápido cálculo.

-Tenemos dos rutas a escoger, a partir de aquí. La primera por la Pista Nacional 60 hasta Charleston; luego, por la 119 nos podemos desviar hasta Clarksburg para tomar la Pista 50. El recorrido total son quinientas cincuenta y siete millas que, contando con rodeos e imprevistos, podemos dejar en algo más de seiscientas. Es la más corta, según se mire.

.-¿Cuál es la otra... y por qué ese *según se mire*? -preguntó Norman.

-Te diré: la Ruta por la Carretera 60 hasta Richmond, en Virginia, tiene desde aquí quinientas cinco millas, casi en línea recta. De Richmond a Washington hay ciento once millas más por la Pista 1. Por tanto el recorrido es cincuenta y tantas millas más largo, sesenta en números redondos. Pero como hemos quedado en que nuestro destino se encuentra más abajo de Washington siguiendo el curso del Potomac, tenemos que desde Richmond llegaremos allí sin pasar por la capital. Depende, pues, de lo cerca que tengamos que llegar de la desembocadura del río el que nos convenga más un camino u otro.

Norman se le aproximó para comprobar sus explicaciones.

-¿Tú cuál escogerías, Ray?

El capitán sonrió.

-Echaría una moneda al aire, francamente.

-Yo, no -medió Jane. Aunque últimamente no parecía sentir la antigua animosidad por el oficial, aún no perdonaba ocasión de zaherirle, siquiera fuese con suavidad-. Creo que la cosa está clara.

Los hombres la miraron con sorpresa.

-Explícate.

-Las instrucciones decían de seguir el curso del Potomac a partir de la capital. Por tanto nuestra primera meta ha de ser llegar allí por la ruta más corta. No estamos en viaje de turismo.

Tuvieron que reconocer que, dados los pocos datos de que disponían, estaba en lo cierto.

La radio había seguido muda para ellos. En algunas ocasiones creyeron captar algo, pero ni una sola palabra inteligible les llegó para poderles alimentar más esperanzas. Solamente a la salida de Clarksburg, cuando ya les quedaban apenas tres horas de viaje para avistar Washington, Susan lanzó un grito de alegría,

-¡Se oye estupendamente! ¡Parad!

Matt, que conducía en aquellos momentos, dejó cuatro negros rastros de caucho sobre el encintado, al aplicar bruscamente el freno.

-*¡...sapeake, junto a la Base de Patuxent! ¡Repito! ¡Hay helicópteros esperando río abajo de la capital de la nación para transportar a todas las personas que sean avistadas...!*

-¡Tenías razón, Norman! -gritó Jane, alborozada, abrazándose al periodista. Como el lugar no era demasiado amplio, le hizo perder el equilibrio, cayendo los dos sobre Ray.

A éste no pareció hacerle mucha gracia aquel desbordamiento de alegría, y tal vez por ello fue el único en no reír sonoramente con los demás.

-¡A toda velocidad, Matt! -gritó Norman, dejándose caer en su asiento.

Estaba agotado completamente, al igual que Ray. Matt y las muchachas aún no parecían haberse percatado de que ninguno de los dos bajara jamás del vehículo en las paradas que realizaban, si no era de todo punto imprescindible. Y ambos procuraban disimular los agudos pinchazos de dolor que sentían ocasionalmente en distintas partes del cuerpo. Ni el uso intensivo de medicamentos antirradiactivos era capaz de aliviarles.

Los otros estaban, desde luego, condenados también. Pero a más largo plazo. Y de momento no sentían molestia alguna. Sin embargo eran muchos días expuestos a las invisibles radiaciones letales procedentes de las alturas, del suelo, del agua que bebían, de los alimentos... incluso de los propios compañeros.

Norman se sentía muchas veces acometido del impulso de terminar de una vez. Ningún tratamiento médico era capaz de reparar los estragos causados en su organismo por las masivas dosis de radiación asimiladas.

Pero se contenía porque hubiera sido un gesto de cobardía e impiedad: el hombre debe luchar hasta el fin, aunque crea no tener esperanza alguna. Además estaban las muchachas que todavía podían salvarse.

Repentinamente una de las ruedas hizo explosión.

Matt peleó fieramente con el volante para evitar la catástrofe. Por fortuna el neumático averiado era de una de las ruedas traseras o de lo contrario allí habría terminado su viaje.

Y mientras realizaba titánicos esfuerzos para mantenerse dentro del encintado, Susan lanzó un grito de dolor.

-¡Nos están tiroteando! -exclamó Ray, estupefacto-. ¿Dónde te han dado, Susan?

Todos se arrojaron al suelo del vehículo, buscando ansiosamente las armas.

-No es nada, Ray. Un rasguño -repuso la muchacha, irguiéndose con una pistola. Norman la empujó brutalmente hacia abajo.

-¡Esto es cosa de hombres! -gritó-. ¡Resguardaos vosotras!

Con precaución asomó la cabeza por la ventanilla. Una bala hizo trizas el aparato de radio, que había quedado bien a la vista.

-¡Maldición! -rugió el periodista-. ¡Ya nos han destrozado!

Disparó hacia la nubecilla de humo, pero la distancia era demasiada para hacer un buen blanco.

-¿Cuántos son, Ray? -preguntó-. Desde aquí solamente veo a uno.

-Dos, pues -el capitán hizo fuego con una metralleta, regando de balas el lugar donde había aparecido otra voluta de humo. Un hombre salió tambaleándose de entre los resecos matorrales, y en el acto cayó de bruces-. El mío ya está listo.

-Ven, pues, a este lado -pidió Norman-. Este revólver no alcanza a donde está el mío. Por lo visto tiene un rifle.

-Dime dónde está... ¡Ya lo veo! -disparó una ráfaga, pero su hombre se había ocultado prudentemente-. Por allá se mueve otro.

Efectivamente, no uno sino tres hombres más se arrastraban por el suelo hacia ellos. Parecían ir desarmados, o al menos no disparaban.

-¡Déjales que se acerquen, y verán ellos quién...! ¡Augh! -hizo Norman a mitad de la frase. Lentamente se desplomó hacia el suelo.

Jane se arrastró a su lado.

-¡Norman! ¡Norman! ¿Qué te ocurre? -gritó.

-No... es nada, Jane ¡uf! -sonrió-. Un mosquito me ha picado en la espalda.

La muchacha colocó la mano en el lugar indicado, retirándola llena de

sangre.

-¡Estás herido, Norman! ¡Déjame que te vea!

El joven se arrodilló lo mejor que le fue posible, apoyando el rostro en el asiento.

-¡Ha sido desde aquí, Ray! -exclamó Matt, que estaba asomado por el lado contrario-. ¡Había otro junto al que mataste y ha tomado el rifle de éste!

-Mantenlo a raya tú, Matt -ordenó el capitán-. Yo me encargo de estos de aquí. ¡Y procura que no te despeinen!

Se agacharon todos, apenas asomando lo imprescindible para observar a sus atacantes.

-Solamente disponen de dos rifles -comentó Ray-. Los demás llevan las manos desocupadas.

Puso el arma en posición, largando una corta ráfaga. El rifle de su adversario voló por los aires. Unos cuantos disparos más hicieron agazaparse a los que se aproximaban a rastras, manteniéndoles inmóviles.

-¿Cómo está Norman, Jane? -preguntó Ray al cabo de un rato. Los atacantes parecían haberse quedado quietos de momento.

-Mal. No entiendo mucho de heridas, pero creo que, si no se le atiende debidamente, y pronto...

-¡No os preocupéis de mí! -dijo Norman débilmente-. ¡De todas formas estoy acabado, lo mismo que...!

-¡Cállate! -ordenó Ray con sequedad, volviéndose hacia la ventanilla. Asombrado se quedó mirando a sus enemigos-. ¿Qué hacen esos locos ?

Los dos hombres que empuñaban ahora los rifles se acercaban a buen paso, sin casi adoptar precauciones. Además venían casi juntos. Cuando estaban a cincuenta metros, se arrodillaron en el suelo, empezando a disparar.

Ray devolvió el fuego, y uno de los hombres se desplomó. Pero un disparo del otro le quitó a él el arma de las manos, inutilizándola.

-¡Trae la otra metralleta, Matt! ¡La mía está destrozada!

Mientras el joven le alargaba el arma, el enemigo superviviente se les echó encima. Ray tuvo que disparar casi a bocajarro sobre él.

Los demás corrían hacia allí, aprovechando la distracción causada por su compañero. Ray saltó a tierra y, apoyando la metralleta en su cintura, hizo varios disparos. Uno cayó y los otros dos dieron media vuelta en dirección a donde estaba el rifle del que Ray tumbara anteriormente.

-Me sabe mal -dijo entre dientes el capitán-, pero no tengo más remedio. De otra forma no nos dejaréis en paz y hemos de salir de aquí.

Fríamente apuntó a las espaldas de aquellos desgraciados, oprimiendo el disparador.

La batalla había terminado.

Entre él y Matt cambiaron rápidamente la rueda averiada. Jane puso en marcha el motor, y cuando arrancaba dio una última mirada hacia sus caídos adversarios. Vio un ligero movimiento de uno de los más lejanos.

-¡Ray! ¡Uno de esos hombres vive aún! ¡Tenemos que socorrerle!

Hizo ademán de abrir la portezuela para bajar, pero el oficial la contuvo.

-Espera. Yo bajaré. Nos habíamos olvidado de ellos y, si hay posibilidad de salvarle la vida a alguno, lo haremos. Tú, Matt, toma un revólver y da un vistazo a los demás. Si hay alguno con vida, trataremos de atenderle. Pero no vaciles en disparar si ves algún movimiento hostil.

Ray caminó con precauciones hacia el hombre que daba señales de vida. Estaba ahora sentado en el suelo, oprimiéndose el hombro con la mano. Era un muchacho joven, que apenas tendría dieciocho años, y había perdido toda agresividad.

-¿Por qué tratabais de matarnos? -preguntó Ray rudamente.

El otro le miró, aterrorizado. Y sin embargo había algo en él indicador de que no era miedo al daño que pudiera ocasionarle a su persona lo que sentía.

-No queríamos que nos ocurriera lo que la otra vez -repuso el muchacho-. Casi ha sido peor.

-Déjame que te vea la herida -se inclinó, desgarrándole la ya destrozada camisa-. No es nada, afortunadamente. ¿Qué es eso que dices que os ocurrió la otra vez?

-Veníamos en un autobús... quince supervivientes de un grupo de cuarenta y cinco. Todos estábamos muy afectados por la radiactividad y teníamos algunos enfermos que ni siquiera podían andar. Se nos terminó la gasolina -Ray desinfectó la herida, colocándole un vendaje. El proyectil había atravesado limpiamente el hombro del muchacho por la parte carnosa, y sin afectar ningún hueso o arteria importante. Únicamente el choque de la bala le había hecho perder el sentido.

-No hemos visto vuestro coche -comentó, terminando de sujetar el vendaje.

-Está una milla más adelante... detrás de aquella colina -explicó el muchacho-. ¿Y mis... compañeros?

Las lágrimas asomaban a sus ojos al formular la pregunta.

-Lo siento, muchacho. Pero creo que todos han muerto -repuso Ray, luego de dar un vistazo hacia donde se encontraba Matt haciéndole señas en este sentido.

-Les quedaba poca vida, de todas formas -dijo amargamente.

-No me has dicho qué os ocurrió después de agotar la gasolina.

-Nuestro chófer vio venir un coche y se puso delante para hacerle parar. Únicamente queríamos que nos prestaran gasolina si era posible o que

llevaran recado a Patuxent de que estábamos aquí, para que vinieran a recogernos. Por eso salió él solo: para no asustarles por si creían que tratábamos de apoderarnos del automóvil. Le mataron.

-¿Cómo? ¿Le pegaron un tiro?

-No. Simplemente, el coche no se detuvo. Iba a buena velocidad y murió instantáneamente.

-¡Canallas! ¿Qué clase de coche era?

-Un Ford rojo, matrícula de Ohio. Hank pudo captar parte del número.

-Y creísteis que nosotros haríamos lo mismo...

Matt llegó junto a ellos.

-Les ha ocurrido una cosa rara a algunos, Ray -dijo-. Fueron heridos levemente, y en cambio están muertos.

-Debió fallarles el corazón -explicó el capitán-. Por lo visto estaban ya casi muertos por la radiactividad. ¿No teníais *radinina*? -preguntó, volviéndose al muchacho herido.

-Se nos terminó hace una semana. Gracias a ella habíamos podido sobrevivir hasta ahora.

Ray inclinó la cabeza.

-Así habrán muerto muchos... millones tal vez -recordando algo, preguntó-: ¿Dónde están tus demás compañeros? ¿Han muerto todos?

-No. Nos refugiamos en una casa semiderruida. Aquí únicamente vinimos los que estábamos peor de salud. Por eso mis compañeros murieron apenas herirles.

-Tú vives aún... y no pareces encontrarte tan agotado.

-Yo vine porque era el mejor tirador. Nuestro proyecto era apoderarnos de un coche y marchar en busca de auxilio. Pensábamos que en esta época, en que todos los hombres son fieras para los demás, cada cual debe procurar su propia salvación.

-Estabais equivocados. Hay salvajes como el conductor que mató a vuestro compañero; pero también queda gente más comprensiva y no tan egoísta, Nosotros procuraremos que vengan a socorreros... ¡Ven!

-No puedo ir con vosotros. Soy el único hombre que queda en mi familia. Mi madre y mi hermana están en la casa.

-Acompáñanos al coche, por lo menos. Te daremos parte de nuestra provisión de *radinina*. La ayuda puede tardar dos o tres días.

El muchacho, cuyo nombre ni siquiera se molestaron en averiguar, quedó deshecho en lágrimas, viéndoles alejarse. A su alrededor habían varios paquetes de provisiones de todas clases, que no podría transportar de una sola vez. Y dos trajes aislantes como los que llevaban aquellos a quienes quisieron matar... que tal vez moriría uno de ellos, y que correspondían en esta forma.

-Gracias... muchas gracias... -seguía murmurando cuando ya los había

perdido de vista.

CAPÍTULO VIII

-¡Asombroso, Walhai! Nunca lo hubiera creído.

-¿Qué tiene de extraño? Se trata de un refugio donde no podrán, a la larga, impedir que penetren las radiaciones. Están condenados.

-No me refería a eso, sino al hecho de que se aferren tan tenazmente a la vida. Otros que no fueran ellos ya habrían abandonado todos los esfuerzos, sobre todo cuando saben que es inútil todo cuanto hagan.

-Tal vez cuenten con medios que ignoramos...

-Posible, aunque no lo creo. Pero, ¡fíjate! No son muchos los supervivientes. Apenas un puñado. Y sin embargo tratan de conservar vivo el planeta. Animales, plantas... todo lo tenían previsto.

-La vida no desaparecerá, posiblemente.

-Ellos lo ignoran. Sin embargo tratan de hacer algo que, si consiguen salir adelante, les permitirá volver a la superficie de la tierra y no encontrarse totalmente en un mundo extraño, con seres vivientes desconocidos, consecuencia de las alteraciones genéticas de la radiactividad. Podrán volver a crear bosques con árboles familiares...

-Nosotros les ayudaremos a lograr lo que para ellos es imposible.

* * * *

El «jeep» pasó como una exhalación junto al abandonado autobús de sus atacantes. Una gran mancha de sangre cubría la carretera.

-¿Qué clase de canallas irían en aquel coche, para hacer eso? -se preguntó Ray, indignado-. Si llegara a echarles mano... ¿Cómo van esos ánimos, Norman?

No obtuvo respuesta del periodista.

-Ha perdido el sentido, George -dijo Jane-. Yo creo que se nos muere.

Ray apretó los dientes y su pie pisó a fondo el acelerador.

El irritado repiqueteo del contador *Geiger* les obligó a dar un amplio rodeo alrededor de Washington. Norman seguía sin recuperar el sentido, y poco después era Ray quien tenía que abandonar el volante por temor a desvanecerse de un momento a otro.

Y, minutos más tarde, el coche se negó a seguir adelante. Su provisión de combustible estaba agotada,

-Debiéramos seguir adelante, pero no podemos dejar a Norman -dijo Ray, volviéndose hacia las muchachas que, en el asiento trasero, cuidaban del herido,

-A él le importa lo mismo ya -repuso Jane, con lágrimas en los ojos-. Acaba de morir.

Matt se volvió con la boca abierta.

-¡Es imposible! ¡No puede morirse tan cerca de la salvación! -gritó-. ¡Norman! ¡Norman! ¡Contesta, por Dios!

Inútil. Norman Adams no pronunciaría palabra jamás.

Ray rompió el pesado silencio del grupo. Sobreponiéndose al pesar que sentía y a su propia dejadez, procuró hablar con voz dura.

-No podemos entretenernos aquí -dijo-. Enterraremos a Norman decentemente, para luego seguir adelante... andando.

Así lo hicieron. En la blanda tierra de la orilla del camino excavaron una poco profunda tumba para que contuviera los restos de su amigo. Una tosca cruz, fabricada con dos palos de un bosque próximo en el que apenas quedaba algún árbol mortecino, sirvió para señalar su emplazamiento. Ray tenía que poner a contribución toda su fuerza de voluntad para dar cada paso. Al cabo de un kilómetro escaso de camino cayó de rodillas.

-¿Qué te sucede? -preguntó Matt, volviéndose hacia él.

-Nada... seguid. Yo os alcanzaré en seguida.

Jane se le quedó mirando, mientras los otros dos obedecían.

-Me quedo contigo, George. Estás enfermo.

-¡Vete, maldita sea! -rugió el oficial-. ¡No quiero verte a mi lado!

-¿Vienes, Jane? -preguntó Matt desde cierta distancia. Susan marchaba a su lado, con el brazo en cabestrillo.

-No. Seguid vosotros lo más aprisa que os sea posible. Cuando encontréis ayuda enviad por nosotros.

Matt regresó junto a ellos.

-Nos quedaremos todos juntos. El grupo no debe deshacerse, y si es necesario te llevaremos en unas parihuelas, Ray.

-¡No digas tonterías! ¡Estoy bien! Únicamente me encuentro cansado... como os ocurrirá a vosotros muy pronto. Lo único que podéis hacer es marchar adelante, cuanto más aprisa mejor.

Matt seguía vacilando.

-Haz lo que te dice, Matt -dijo Jane-. Lleva a Susan, porque, si no la atienden pronto, tal vez se le ponga peor el brazo.

Era una deliberada mentira, ya que la muchacha apenas tenía un rasguño que sanaría por sí solo. Pero convenía espolear a Matt para que no discutiera más.

-Y tú ve también, Jane -repitió Ray-. Yo me las arreglaré solo.

-No hablemos más de eso, ¿quieres, Ray? Hasta ahora has dado tú las órdenes, pero ahora no tienes fuerzas con qué apoyarlas.

-¡Puedo darte una paliza!

-Y tendrás que cargar conmigo a tus espaldas -sonrió ella.

Ray rió también, contagiado.

Casi cada pocos pasos tenían que detenerse. Ray perdía rápidamente las energías y cuando, dos horas más tarde, cayó la noche sobre ellos, el

capitán decidió:

-No estoy cansado apenas. Únicamente me faltan las fuerzas. ¿Por qué no seguimos un poco más?

-Bien -repuso ella. Aunque tenía que cargar con los equipajes de los dos la mayor parte del tiempo, los frecuentes descansos apenas habían disminuido sus reservas de energía-. Apenas habremos recorrido un par de kilómetros.

La Luna en cuarto menguante, roja como la sangre, los alumbró en la última parte del recorrido. Pero apenas progresaban y, temerosos de extraviarse, acabaron por hacer alto.

-Este lugar es tan bueno como otro para pasar la noche -dijo él, dejándose caer derrengado.

-De acuerdo -contestó Jane-. ¿Quieres cenar?

-¿Otra vez? -preguntó Ray, asombrado.

-¡Oh, es cierto! -rió nerviosamente la muchacha-. No me acordaba de que comimos en la parada anterior. ¡Buenas noches, George!

Y echó a andar, para alejarse unos pasos.

-¡Jane! -la llamó él-. ¡Quédate aquí conmigo!

La muchacha se detuvo.

-Capitán Ray -dijo en voz baja y tranquila-. Creo que esta vez se equivoca. No empiece a hacerse ilusiones, porque tendrá que renunciar a ellas. Me he quedado porque necesitaba ayuda... y lo habría hecho igual por cualquier otro. No se trata de una predilección personal hacia usted.

-¡Ven aquí, y no hagas tonterías! ¡No es lo que crees!

-Mejor, pues. Ya hablaremos mañana.

-¿Pero qué tontería es esa que se te ha ocurrido? ¡Si no vienes, iré por ti! ¡Puede ocurrirte algo y yo no darme cuenta!

-¡No hay fieras salvajes, George! No te preocupes tanto por mí.

Ray se levantó, echando a correr hacia ella. La muchacha, dando media vuelta, corrió también apartándose de él y del camino que habían seguido. De pronto dio un paso en falso, sus pies encontraron el vacío, y con un grito desapareció de la vista del capitán.

-¡Jane! -gritó asustado, a la vez que escuchaba el inconfundible sonido del cuerpo de la muchacha zambulléndose en el agua.

-¡George! ¡Socorro!

Sin vacilar, se arrojó tras ella. Ambos sabían nadar, pero la corriente del arroyo era impetuosa y los arrastró un buen trecho antes de que lograra alcanzarla. Fuertemente cogidos de una mano para no separarse, trataron de mantenerse a flote y alcanzar la orilla; pero, para su sorpresa, se trataba de un canal de mampostería y los muros se elevaban a cerca de dos metros por encima de sus cabezas.

A no ser por la altura de la Luna les hubiera sido imposible calcular el

tiempo que permanecieron en el agua antes de que ésta desembocara en lo que les pareció un embalse. La corriente los arrastró unos metros hacia el interior, pero sin demasiadas dificultades lograron nadar hacia las arenosas orillas. Totalmente agotados, se arrastraron unos metros, e incapaces de moverse más, desaparecidas las fuerzas últimas que les quedaban, se quedaron dormidos allí mismo.

El picante calor del sol despertó a Jane al día siguiente. Abriendo los ojos, se encontró con la burlona mirada de Ray.

-¿Desayunamos, Jane? -preguntó.

-Bien... ¡Oh! -exclamó, recordando lo ocurrido por la noche-. ¿A dónde hemos ido a parar?

-Ni idea, muchacha. Estamos total, absoluta e irremisiblemente perdidos. Ni en dos días seria yo capaz de regresar al sitio donde está nuestra comida y...

-... y la *radinina* -completó ella amargamente. Sabía lo que esto significaba, y por ello preguntó-: ¿Serás capaz de llegar a la sombra de esos árboles, si yo te ayudo?

-Creo que sí -trató de levantarse, pero a no ser por la muchacha le hubiera sido imposible. Con gran esfuerzo, casi llevado en vilo, consiguió alcanzar el lugar indicado.

-¡Vaya pareja de Hércules que estamos hechos! -dijo Jane humorísticamente-. Somos incapaces hasta de arrastrarnos.

-Yo creo que nos hubiera convenido más quedarnos ahí fuera, Jane. Será más fácil que nos vean si pasa algún helicóptero.

-Si ocurre eso saldré yo a hacerles señas. No tengo ningún deseo de que te ases sobre la arena.

Andar un solo paso era totalmente imposible para Ray. Falto de la maravillosa droga que le había mantenido hasta entonces, incluso el hablar le costaba un gran esfuerzo. Empezaba a comprender lo gravísimas que debían ser sus lesiones.

También Jane se daba cuenta, y la desesperación empezaba a apoderarse de ella. Se decía que, a no ser por su descabellada tozudez, tal vez a estas horas George estaría en un hospital debidamente atendido. Allí, casi la única vía que les quedaba era esperar a que se acabaran de agotar sus ya casi inexistentes fuerzas. La muerte para el capitán no estaba muy lejana... Y para entonces Jane habría quedado también inmovilizada por la debilidad.

La muchacha agitó la cabeza para despejarla de aquellos tétricos pensamientos. Ray la estaba mirando.

-Jane... -dijo con una débil sonrisa.

Ella se le aproximó, dejándose caer a su lado.

-¿Necesitas algo, George? -preguntó, pugnando por contener las

lágrimas.

-Sí... Necesito una cosa muy importante: aclarar un malentendido que ya dura demasiado. Hasta ahora no quisiste escucharme, pero en estos momentos creo que lo harás. Mi situación... nuestra, mejor dicho, ya que la tuya no es mucho mejor, te convencerá de que te digo la verdad. Ningún afán egoísta podría obligarme a mentir ahora, ¿verdad?

-No, pero... -le tomó de la mano, acariciándola inconscientemente-. ¡No estás tan mal, George! Mañana habrás recuperado las fuerzas y podremos continuar.

-Es inútil que trates de engañarme, Jane. Sé mejor que tú cómo estoy. Incluso sé tu estado mejor que tú misma. Tampoco vivirás mucho.

Ella inclinó la cabeza, asintiendo.

-Ya siento algunos dolores... -se irguió-. ¿Qué tenías que decirme?

-En cierta ocasión te engañé. Prometí buscarte cuando regresara una semana después... y transcurrieron dos años. Sé que hiciste pesquisas.

-Sí. Me dijeron que estabas bien. Es lo único que pude saber de ti. ¡Ni una carta...!

-No pude escribirte. Los que estábamos destinados en las Bases secretas de lanzamiento teníamos prohibido entablar comunicación con nadie... El servicio era voluntario y nos obligábamos a ello.

-Pudiste decírmelo. Yo te hubiera esperado...

-Entonces, ¿me perdonas? -preguntó él. Su mano se posó sobre la de la muchacha.

Ella bajó la cabeza, besándole suavemente.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? No estamos en situación de discutir. Te creo. ¿De qué me serviría obligarte a suplicar... a insistir? Solamente...

No pudo contenerse más tiempo. Dejándose caer desesperadamente sobre el casi paralizado cuerpo de Ray, le abrazó con fuerza. Las lágrimas brotaron a raudales de sus ojos y los sollozos la agitaron convulsivamente durante un rato.

-¡Oh, George! ¡George!

El hombre le pasó la mano por la rubia cabellera.

-No llores, pequeña. Todo saldrá bien... ¡Fíjate!

Sorprendido, realizó un esfuerzo del que no se hubiera creído capaz, quedando sentado. La muchacha perdió el equilibrio, girando sobre sí misma hasta quedar tumbada en el suelo, con la cabeza sobre las piernas de él, y mirando en su misma dirección.

-¿Qué es eso? -preguntó, asombrada.

-No lo sé. Ayúdame, por favor.

Con grandes dificultades logró ponerse en pie. Estrechamente abrazada a él para evitar que cayese, le acompañó hacia el pequeño lago. Ambos mantenían los ojos fijos en la extraña nave posada sobre el agua.

No era semejante a nada que hubieran visto. Su forma era sensiblemente esférica, pero tenía una apariencia inmaterial, como si estuviera construida con rayos de luz. Su color resultaba indefinible. Jane expresó gráficamente su aspecto.

-Parece un arco iris esférico... y vivo.

En efecto. Tan pronto predominaba en el aparato... o lo que fuese, un color como otro. A veces se mezclaban varios. Y su forma cambiaba continuamente, pareciendo como si respirase.

Los dos jóvenes se detuvieron al borde del agua. No sentían miedo pues nada podía hacerles más daño del que estaban sufriendo. Simplemente la curiosidad les hacía estarse allí, quietos, mirando aquella extraña cosa posada sobre el agua.

Súbitamente cesaron las palpitaciones en aquella bola de luz que no irradiaba resplandor alguno. Su silueta pareció condensarse más hasta semejar algo sólido.

Solamente fue una fracción de segundo. Lo bastante para que de ella se desprendiera una parte de aquello inmaterial de que estaba compuesta, formando como un puente de luz hasta los pies de los dos jóvenes. Una silueta humana, rodeada de aquella especie de halo que volvía a envolver la «cosa», avanzó hacia ellos.

-Vengo a salvaros de la muerte -dijo.

-¿Quién es usted? -preguntó Ray, sorprendido ante aquella voz tan agradable que no parecía proceder de garganta mortal.

-Un servidor -repuso ambiguamente-. Subid y os llevaré a la salvación.

Los jóvenes se miraron unos instantes, vacilando. Luego, Ray, con un encogimiento de hombros, dio un paso hacia adelante, seguro de pisar el agua.

Sorprendido, vio que aquella especie de pasarela era perfectamente capaz de sostener su peso; pero había olvidado que estaba al límite de sus fuerzas y perdió el equilibrio. El extraño ser se adelantó y, tomándolo en brazos, empezó a caminar. Su contacto era de algo material. Jane les siguió.

Aquella «cosa» era exactamente igual por dentro que por fuera: luz girando en vertiginosos remolinos, que no cegaba ni producía perturbación alguna. Ray creyó sentirse mejor, aunque estaba seguro de tratarse únicamente de un pasajero alivio.

El humanoide apenas era visible contra el fondo luminoso de las paredes.

-Os sorprenderá, tal vez, mi presencia aquí -dijo con aquella su melodiosa voz-. No soy de vuestro mundo.

-¿Cóoomo...? -preguntaron los dos terrestres a un tiempo.

-Como he dicho antes, soy un simple servidor. Una máquina. Mis amos están fuera de la atmósfera del planeta, esperando para llevaros a un lugar

donde podréis vivir y perpetuar vuestra raza. Nada que os sea necesario encontraréis a faltar.

-¿Y hemos de ir nosotros solos? -preguntó Ray.

-No. Vendrán todos los que lo deseen... hasta un millar. Más no caben en el refugio que os tenemos preparado.

-Pero aquí ya hay lugares donde es posible la supervivencia... Nosotros nos dirigíamos a uno de ellos.

-No son buenos. Los que se queden allí acabarán muriendo o sufriendo profundas alteraciones físicas a causa de la radiactividad. En dos generaciones estarán destruidos todos los restos de vuestra civilización. Por ello deseamos trasladaros allá, a Plutón.

-¿Plutón? ¿El planeta Plutón? -Ray quedó consternado-. Eso está muy lejos. El Sol apenas es visible desde allí.

-Mis amos no podían trabajar en otro planeta más apto para vosotros. No echaréis de menos el Sol que tanto necesitáis.

-Si no hay otro remedio -concedió Ray, resignado-, lo haremos.

-No lo hay... Y ahora quisiéramos que vosotros fuerais nuestros mensajeros ante los que dirigen el refugio. Ni nuestro propio servidor puede pisar el suelo de este planeta sin quedar destrozado. La gravedad es demasiada para él.

-¿Hemos de decirles que estáis dispuestos a trasladar a Plutón a un millar de los nuestros?

-Eso mismo. Si desean más detalles, será necesario que se entrevisten con nuestro servidor. ¡Y recuérdalo! Vuestro mundo está condenado, no a muerte pero sí a sufrir profundas transformaciones. Tal vez hayan de transcurrir mil años antes de que podáis regresar de Plutón... Pero hacer otra cosa significaría vuestro fin como civilización.

-Lo haremos. Llevadnos al Refugio.

-No hemos podido localizarlo. Debéis dejaros salvar por un grupo de los que buscan supervivientes. Caminad hasta que os descubran.

-Pero nosotros no podemos andar. Estamos atacados por las radiaciones y apenas nos quedan fuerzas.

-Ahora estáis bien. No hay radiación capaz de penetrar aquí dentro a través de la pantalla de campos de fuerza. Solamente os queda una pequeña debilidad, que desaparecerá en unos días. Estáis curados.

Ray se volvió hacia Jane.

-¿Has oído, nena? ¡Estamos sanos!

-¡Oh, George!

Locos de alegría se abrazaron con todas sus recuperadas fuerzas. ¡Ahora podría ser lo que ya daban por imposible! ¡Aún podían ser felices! Aunque fuese en Plutón...

Extasiados ante la soberbia sorpresa, olvidaron todo cuanto los rodeaba.

Por ello no se percataron de que empezaban a descender, a salir de aquella extraña burbuja que les había devuelto la vida. Envueltos en la fantástica luminosidad, descendieron hasta el suelo.

Al separarse estaban de pie en el mismo lugar donde dejaran abandonado su equipaje la noche anterior, al emprender aquella alocada carrera...

-Yo llevaré ahora el de los dos, Jane -sonrió Ray-. Por algo soy el más fuerte.

Ella asintió en silencio, sonriendo feliz.

La maravillosa voz les habló desde un lugar ignorado.

-Cuando vuestros jefes quieran entrevistarse con nosotros, guiadles. En el lugar a donde les llevéis, allí estaremos esperando.

CAPÍTULO IX

Aún no habían transcurrido tres horas desde que echaran a andar alegremente, cuando fueron descubiertos por un helicóptero de salvamento.

Obligaron a los dos jóvenes a tenderse sobre sendas camillas, como si estuvieran a punto de exhalar el último suspiro, acribillándoles a pinchazos sin hacer caso a las protestas de ambos. Los dos enfermeros sonreían comprensivamente, diciendo que sí a todo, pero no cejaban en sus humanitarios esfuerzos por salvar las vidas de aquellos dos pobres muchachos delirantes. En realidad lo único que hacían era fastidiarles profundamente.

Del helicóptero los trasladaron directamente a un gran submarino anclado en un embarcadero provisional junto a la chamuscada costa de la Base de Experimentación Aérea de la Marina en la desembocadura del río Patuxent y, casi a la fuerza, les hicieron tenderse en. sendas camas junto a seis o siete pacientes más.

-¡Habráse visto! -rezongó Ray de mal humor-. ¡Que le obliguen a uno a estar enfermo sin estarlo! ¡Es el colmo!

-¡Ray! -gritó una voz alegre desde el otro lado de la fila de camas-. ¿Estáis bien?

-¡Hola, Matt! -Ray levantó la mano en saludo, incorporándose. Un atento guardián le empujó por el pecho, echándole nuevamente atrás-. ¡Estate quieto, cara de mono...! ¡Oye, Matt! ¿Quieres hacerme el favor de decirles a esos pelmazos que si no estuviera más sano que una manzana ya me habría muerto?

-Por favor, cálmese -rogó el enfermero-. De lo contrario nos veremos obligados a atarle.

Ray le miró con curiosidad.

-Quisiera saber quiénes son la docena de guapos capaces de conseguirlo. No tú, desde luego. Y, si quieres, te lo demuestro ahora mismo. ¿Un pulso?

El enfermero, un tipo corpulento, con aspecto de boxeador, rió de buena gana.

-Si le gano, ¿se estará quieto?

-Como un muerto, muchacho. Trae aquella caja.

El hombre obedeció. Pero una vez lo hubo hecho, pareció vacilar.

-Le llevaré ventaja. Ahí acostado no puede tirar bien.

-No te preocupes -antes de que el otro pudiera impedirlo, se había sentado en el borde de la cama, colocando los pies en el suelo. Apoyando el codo derecho sobre la caja, levantó la vista hacia el corpulento enfermero-. ¿Ves? Ya está. Cuando quieras.

El boxeador se arrodilló al otro lado, colocando la mano con la palma

abierta junto a la de Ray.

-¡Va!

Las dos manos se cerraron con fuerza. El enfermero, convencido de que su rival apenas podía siquiera tenerse en pie, ya que así lo indicaban los informes obtenidos de Matt Perry y Susan Keller, empujó suavemente.

El brazo de Ray se mantuvo firme. Y firme se mantenía casi un minuto después, cuando el otro ejercitaba todas sus fuerzas tratando de doblegar aquellos músculos de hierro. Ray reía silenciosamente.

-¿Convencido? -el otro movió negativamente la cabeza y arreció en su ataque. Nada. ¡Y lo peor era que el capitán estaba jugando con él! Si le quedaba alguna duda, ésta se disipó cuando, sin aparente esfuerzo, Ray le obligó a ceder, haciendo que cayera finalmente de costado-. ¿Puedo considerar que se me ha dado el alta?

El enfermero se levantó, aturdido.

-¡Maldita sea! ¿Cómo se las ha arreglado?

-Llevando una vida sana y ordenada, hijo mío. Como supongo que creerás en un milagro, desearía que me llevaras ante el capitán de esta lata de sardinas, porque necesito hablar urgentemente con él. Así le explicaré el cómo de mi curación.

Nadie se opuso a que Jane se levantara también. El propio enfermero los guió por un pasadizo hasta el camarote del capitán. Antes de salir, Jane se volvió hacia sus dos amigos.

-¡Inmediatamente volvemos, muchachos!

El capitán Axton escuchó en silencio el relato del enfermero. Luego se volvió hacia Ray.

-¿Es cierto lo que dice Thomas, capitán?

-Absolutamente.

-¿Y cómo han logrado sanar en el espacio de horas? Según nos contaron sus compañeros, estaban ustedes prácticamente muertos, saturados de radiaciones. Desde luego en mucho peor estado que ellos mismos, que parecen encontrarse en críticas condiciones.

-Es cierto. Estuve siete horas bañándome en los restos de varias explosiones. Al salir de allí me consideraba prácticamente muerto.

-Pues si no se explica... ¿Qué les ha ocurrido?

Ray le contó su encuentro con la extraña bola de luz y el mensaje de que era portador.

-Según parece, los campos de fuerza que forman aquella «cosa» pueden, entre otras cosas, sanar totalmente a una persona radiada, en cuestión de segundos.

-Nos sería muy útil algo así -comentó el capitán Axton pensativamente-. ¿Cree que nos lo prestarán?

-No lo sé. Yo considero que sería conveniente que se pusiera en

contacto con el Refugio, donde quiera que se encuentre. Creo que solucionar este asunto puede ser de muchísimo interés y conviene hacerlo cuanto antes. ¡Según me han dicho, pueden salvarnos!

-Lo haré así. Pueden quedarse aquí mismo o salir a dar una vuelta por el barco. Zarpamos dentro de dos horas.

-Pero...

-Ya sé lo que quiere decir. No se preocupe -sonrió Axton-. Para entonces tendremos instrucciones.

-¿Disponen de aparatos que puedan desplazarse hasta aquí? -Ray señaló un lugar en el mapa que cubría casi todo un mamparo. El capitán afirmó-. Hay un grupo de ocho o diez personas que deben estar en bastante mala situación. ¿Puede enviar por ellos?

-Inmediatamente se hará.

-Otra cosa... -se interrumpió-. Bien, da lo mismo. No le molesto más, capitán. Téngame al corriente.

Salieron al exterior los dos jóvenes, acompañados por Thomas.

-Oye, Thomas -preguntó Ray-. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

-¿En este viaje? Tres... no, cuatro días.

-Ya... -le hizo otra pregunta, a la que el hombre contestó afirmativamente. Guiándoles al departamento habilitado para hospital, se detuvo ante una cama contigua a la que se encontraba Matt Perry.

-Este es.

Ray se quedó mirando al hombre que yacía en ella. No parecía muy afectado por la radiación. Sus facciones eran sonrosadas y las adornaba un cuidado bigotito. Unas pobladas cejas negras daban a su rostro un aire siniestro.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Ray con rudeza.

-Karel Hawkins.

-¿Has venido en un Ford rojo, matrícula de Ohio, número...?

-¡Es mío! -le interrumpió el otro, palideciendo-. ¡No irán a acusarme de haberlo robado! ¡Lo compré hace...!

-No me extrañaría nada -cortó secamente Ray-. Lo que quiero saber es por qué atropellaste a aquel desgraciado que te hacía señas unas millas más acá de Clarksburg.

Una bomba estallando a sus pies no hubiera hecho más efecto en Hawkins.

-¡No quiso apartarse cuando toqué el claxon! ¡Yo le...!

-¡Canalla! -sin preocuparse del estado del otro, Ray le tomó por la pechera de la camisa, alzándole en vilo. Una serie de puñetazos demoledores convirtieron el rostro de Hawkins en una pulpa irreconocible, y solamente cesó cuando se hubo roto la camisa, quedándose con ella en las manos.

Thomas le apartó de allí.

-¡Lo va a matar, capitán! ¿Por qué le golpea de esa forma?

-¿Por qué? ¿Por qué, dices? ¡Asesinó a un pobre infeliz, que únicamente deseaba que le ayudaran! ¡Por culpa suya ha muerto mi mejor amigo, y nosotros nos hemos visto obligados a matar a cinco desgraciados que, por su crimen, se vieron arrastrados a la desesperación! ¡Si no llegamos a pasar nosotros por allí hubieran muerto otras diez personas! ¿Y dices que por qué le pego? ¡Matándole cien veces no quedaría satisfecho!

-¿Es cierto eso, señor Hawkins? -preguntó Thomas. Pero Hawkins no estaba en situación de contestar... ni lo estaría en mucho tiempo luego que despertara: tenía la mandíbula destrozada y su rostro no volvería ya a ser el de antes.

Alguien había llamado al capitán Axton, quien acudió para enterarse de lo que ocurría. Thomas fue el encargado de explicarle lo dicho por Ray.

-Si ha hecho eso que usted dice, no le arriendo la ganancia. En todo tiempo es espantoso un acto así, pero en las presentes circunstancias llega a límites de verdadera monstruosidad... -estaba preocupado por otra cosa, como lo demostraron sus siguientes palabras-. Bien. Dejemos eso ahora. Acabo de hablar con el Director del Refugio. Dice que se ve obligado a permanecer allí, pues su trabajo le impide desplazarse ahora. Confía en nosotros dos para solventar la cuestión. Naturalmente, podremos consultar con él por radio cualquier duda que se nos ofrezca. El Consejo directivo estará reunido con él permanentemente para adoptar las decisiones que crean oportunas.

-Salgamos, pues, ya,

-¿Dónde nos esperan?

Ray se detuvo en seco.

-Pues... francamente, no lo sé. Me dijeron simplemente que ellos acudirían al sitio donde yo guiara a los representantes de la Tierra. Ellos sabrán lo que querían decir con eso. Nosotros nos limitaremos a apartarnos un corto trecho de este lugar.

Un helicóptero los esperaba sobre la cubierta del sumergible. Durante el viaje hasta el otro lado del estuario del Potomac, lugar elegido por Ray, fue éste inquiriendo detalles de Axton. Le interesaba estar al corriente de la situación y condiciones del Refugio.

-Aquí mismo servirá -Ray señaló una pequeña llanura de reseca yerba, que se extendía bajo ellos. El helicóptero descendió.

Esperaron un rato; Axton comenzó a impacientarse.

-No vienen... -comenzó. El asombro le hizo quedarse con la boca abierta, pese a que ya estaba advertido de lo que iba a ver-. ¡Es fantástico!

La esfera de apariencia inmaterial estaba frente a ellos.

-¡Subid, terrestres! -dijo la misma voz que ya conocía Ray. La

plataforma de luz se tendió hasta junto a los pies de los dos hombres.

-¡Vamos, capitán! -rió Ray, iniciando la marcha.

Axton le imitó con precauciones, temeroso de que *aquello* cediera bajo su peso.

Como anteriormente, sólo el *servidor* ocupaba el interior del esferoide.

-¿Estáis dispuestos a permitirnos que os traslademos al Refugio que hemos habilitado para vosotros? -preguntó el ser luminoso, sin preámbulo alguno.

Axton, siguiendo el ejemplo de Ray, se dejó caer sobre el muelle campo de fuerza que constituía el recinto en que se hallaban.

-Va a ser muy complicada esta entrevista -se quejó el marino-. El Refugio que tenemos aquí está muy lejano y deberemos pedir instrucciones continuamente. Tenemos entendido que las radiaciones no penetran aquí, por lo que habré de salir con el aparato que nos ha traído. Por tanto, empezad por darnos algunos detalles. ¿Cuál es vuestra idea sobre lo que hay que hacer?

El mensajero de los extraños pareció algo aturdido por las rápidas frases de Axton. Vacilante, respondió:

-Podemos hacer que comuniquéis directamente desde este lugar, con lo que la entrevista será más rápida. A nosotros tampoco nos interesa perder tiempo. En cuanto a nuestro proyecto para salvaguardar vuestra raza se limita a transportar mil personas a Plutón. Naturalmente, con ellas iría cuanto estiméis necesario, como libros, plantas, animales... Sin embargo, la cantidad está limitada por las posibilidades de espacio allá.

-Entiendo que eso no es bastante -medió Ray- en muchos sentidos. Primero: Actualmente somos alrededor de cinco mil personas las que nos hemos reunido ya. No cabe ni hablar de una selección y dejar abandonados a los desafortunados. Segundo: Las condiciones de Plutón, por lo qué creo saber, son incompatibles con la vida humana. Ni aun en subterráneos podríamos sobrevivir mucho tiempo, salvo que nos proporcionarais medios de combatir el frío, la falta de atmósfera y de alimentos, así como energía de alguna especie para hacer funcionar nuestra maquinaria. Lo contrario supondrá un retroceso hasta el salvajismo y no habréis logrado nada... aunque pudiéramos sobrevivir.

-Nuestra ayuda ha de ser, forzosamente, muy limitada -respondieron-. Sin embargo, tendréis medios para todo eso que has dicho. Nada os faltará.

-No podemos aceptar, a pesar de todo. Yo, al menos, me siento solidario con los que tendrían que quedarse y no puedo abandonarlos. Serán los menos capaces intelectualmente, caso de una selección y, por tanto, estarán indefensos en un mundo como este nuestro de ahora, donde la única posibilidad consiste en protegernos por medios técnicos y científicos contra la amenaza de la radiactividad.

-Consultad con vuestros superiores, por favor -pidió el hombre luminoso.

Axton se iba a levantar, pero a una seña de su interlocutor permaneció inmóvil. Un cuadrado del campo de fuerza pareció hacerse transparente, y aunque ellos no lo vieron desde allí, un dedo de luz se proyectó hasta el helicóptero. El rostro del piloto quedó visible.

-Habladle. Os oirá perfectamente.

-Riley -llamó Axton con voz normal. El hombre se volvió, sorprendido-. No se asuste. Comunique con el Director.

Confuso, Riley obedeció. Segundos después llegaba hasta ellos la voz del general Stevenson, Director del Consejo de Supervivientes.

-¿Qué novedades hay, Axton? -preguntó.

Axton le dio cuenta de lo hablado, con todo lujo de detalles. Varios minutos transcurrieron en silencio, mientras Stevenson consultaba con sus colegas, y, finalmente, volvió a dejarse oír.

-Estamos de acuerdo con el capitán Ray. Pero como sería una locura despreciar el ofrecimiento, sugerimos que recojan a nuestros amigos del exterior extraviados, que los habrá a millones por toda la Tierra, sin posibilidad alguna de salvación, y les libren así de una muerte segura. Nosotros permaneceremos aquí. Caso de que no les sea posible reunir un grupo adecuado de científicos, ofreceremos algunos de los nuestros. También creemos oportuno que rescaten a la expedición de Marte y la lleven a Plutón. Son todos técnicos de primera fila y no están contaminados... -se hizo una corta pausa-. Bajo esta base delegamos a los capitanes Axton y Ray para ultimar cualesquiera detalles, con plenos poderes.

-¿Habéis comprendido? -preguntó Axton una vez cortada la comunicación.

-Sí... -repuso la voz musical-. Jamás hubiéramos creído que existiera en el Universo una raza tan solidaria de sí misma como la vuestra...

-¿Solidaria de sí misma? -interrumpió Ray con amargura-. ¿Y qué me decís de la hecatombe que hemos desencadenado? Es lo más aproximado a un suicidio colectivo que...

Se interrumpió al ver que el hombre de luz levantaba un brazo como en demanda de atención.

-Os hemos estado observando muchos años, temerosos de que ocurriera eso que dices; y en vuestro honor y para que quedéis tranquilos al respecto, os diremos que últimamente habíamos llegado al convencimiento de que no ocurriría tal cosa. La catástrofe la ha originado un simple accidente... de laboratorio.

-¿Cómo? -preguntaron los dos terrícolas, asombrados-. ¿No se debió a un ataque?

-Nada de eso. La desgracia que os aflige es debida a que en determinado país... No os diremos el nombre para evitar amarguras inútiles, ya que podríais acabar culpándole. Pues en ese país se realizan experiencias con la antimateria. Es materia igual a la conocida normalmente, pero de signo opuesto. El contacto entre ambas origina la destrucción fulminante de las dos. Un accidente en los laboratorios produjo este contacto de una gran cantidad de antimateria al quedar desprovista del aislamiento que la separaba de los elementos que le son antagónicos, y el resultado fue algo semejante al estallido de una colosal bomba nuclear. El país donde esto ocurrió se creyó en los primeros instantes víctima de un ataque. Fueron ordenadas represalias contra el posible enemigo... y si llegó a saberse la verdad alguna vez, ya era demasiado tarde.

* * * *

Los extraños, Walhai y Tonsheh, aunque ningún terrestre supo jamás estos nombres, habían desaparecido, llevando consigo novecientas personas que, junto con las cien que componían la expedición inmovilizada sobre las arenas de Marte, pasarían a poblar el frígido Plutón.

Una colosal campana translúcida cubría el Refugio de la Tierra, una ciudad bajo el mar a veinte millas de la costa del antiguo Estado de Delaware, al término de la plataforma continental. Apenas llegaba la luz solar allí abajo, detenida por los doscientos metros de agua que protegían a sus habitantes de la venenosa atmósfera radiactiva.

George Ray, Jane Dunlop, Susan Keller y Matt Perry, todos curados de las gravísimas lesiones que sufrieran, al igual que los demás habitantes del Refugio, por las maravillas de la ciencia de los extraños seres venidos de las profundidades del espacio, contemplaban la panorámica de su nuevo y reducido mundo desde la terraza de uno de los bajos edificios.

-Ya se fueron -comentó Jane, refiriéndose a Walhai y Tonsheh-. No les veremos más.

-Pretendían beneficiarnos, pero no podían dejarse ver por nosotros. Parece que la proximidad del sol les era tan fatal como la para ellos excesiva gravedad de la Tierra -dijo Ray. Pensativamente, prosiguió-. Tal vez estuvieran en lo cierto, y nosotros equivocados.

-Se ha hecho lo que querían ellos, después de todo -defendió Susan-. Han llevado gente a Plutón. ¡Yo no podría vivir allí! Debe ser muy triste, siempre oscuro, helado, sin ver jamás el sol...

-¿Qué habrá ocurrido dentro de quinientos o mil años, cuando nuestros descendientes puedan tomar contacto con los que se han ido allá? -quiso saber Matt.

-No transcurrirá tanto tiempo -le aseguró Ray-. Como sabéis, me han nombrado miembro del Consejo Directivo, y ello me ha permitido saber

cosas. Por ejemplo, que se está investigando sobre los principios en que funciona esa *cosa* que sirvió de intermediario; parece ser que tiene algo que ver con las fuerzas gravitatorias, y tal vez dentro de cuatro o cinco años se haya logrado conseguir algo. Nuestros sabios están estudiando el *descontaminador* que nos dejaron, aunque por ahora les resulta incomprensible. Pero con paciencia lograrán desentrañar el misterio. Además, tenemos el proyecto de situar varios satélites en órbita cuanto antes... tal vez dentro de un par de años. Por medio de ellos se podrá tomar contacto radial con Plutón, valiéndonos de haces de ondas dirigidas a las que no interferirá la nube radiactiva que rodea la Tierra. Sabemos positivamente que el planeta no morirá por completo, aunque los seres que sigan viviendo fuera de nuestra campana sufrirán radicales transformaciones en su gran mayoría... ¡Como veréis, el panorama no es descorazonador en exceso!

-¡Es penoso recordar a Norman... con lo cerca que estuvo de la salvación! -Jane expresó el pensamiento de todos, luego de un rato de silencio.

Ray asintió. La leve animosidad que en otro tiempo sintiera hacia el valiente compañero, a causa de los celos, quedaba olvidada.

Unos pasos tras ellos les hicieron volverse. Llegaba el capitán Axton.

-¡Vaya colección de caras largas en víspera de dos bodas que, a juzgar por los preparativos, van a ser sonadas! -dijo jovialmente el marino-. ¿O es que estáis pensando ya en las futuras peleas?

-¿Ya lo sabes, Axton? -preguntó Ray sorprendido-. Pensábamos decírtelo más tarde.

-Yo lo sé todo -repuso el otro, misteriosamente. Luego cambió su expresión por otra de pesar-. ¿No podríais aplazarlo una temporada? He de salir.

-¿Aplazarlo por ti? -rió Jane-. ¡Ni lo sueñes! ¡Este no se me escapa ahora, como lo hizo en otra ocasión!

Todos celebraron con carcajadas las palabras de la muchacha... excepto Ray, que únicamente sonrió con desgana.

-¿Te marchas? -preguntó.

-Sí. Parece ser que se ha captado una llamada muy débil por radio, desde algún punto de Sudamérica. He de ir a ver de qué se trata.

-Regresa pronto, pues queremos que nos lleves en tu cascarán a un crucero de placer -pidió Jane-. ¡A cambio te guardaremos un buen trozo de tarta, glotón! ¡Es por lo único que lamentas marcharte!

FIN

Notas

[←1]

CLAUSTROFOBIA = Enfermedad mental, consistente en un terror desorbitado a los espacios cerrados.

[←2]

CERO ABSOLUTO = Mínima temperatura existente en el Universo, equivalente a -273'1º centígrados, o -459'6º Fahrenheit.